



punto
de partida

No. 227

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Redacción: E. Ramírez
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

MAYO — JUNIO

EDITORIAL

INFANCIA | VEJEZ

CARRUSEL

CRITICÓN

TINTA SUELTA

Editorial 5

Cartografía de la infancia. Katia Gabriela de Alba García 9
Ganar cancha. Jessica Sevilla 11
Cuando la melodía se apague. Verónica Díaz Salazar 20
Toda una vida en diez horas. Ulises Flores Hernández 24
*Cuando nací, mi madre tenía los mismos años que
ahora tengo.* Alan Valdez 32
Ya no hay fechas importantes. Jorge Orlando Correa 35
M. Andrea González Aguilar. 42
Levantar un puño ajado contra la muerte.
Mateo Peraza Villamil. 43
La venganza de la sal. Xóchitl Espinosa Padilla 49

Cumpleaños. Carlos Rutilo Aguilar 52
Luis Zapata, más que un vampiro. Luis Romani 53
Maelen: vejez activa. Karina Feliciano López 56
Romper la penumbra. Luisa Valenzuela. 61
Apuntes de un histérico sin útero. Sergio Pérez Torres 64

*Un beso en la frente: soliloquio
a dos voces.* Ixchel Abril Peña Rincón 67
*25 minutos de inmersa
incomodidad.* Hiram Alvarado Domínguez 68

Como te ves, me vi. Jorge Ponce 71

Colaboradores 75



Karina Aguilar Guzmán (Valle de Chalco Solidaridad, 1992). Publicista. Estudió Dirección cinematográfica en la Facultad de Cine y el diplomado de Narrativas transmedia en el Laboratorio de tecnologías "El Rule". Ha escrito, producido y dirigido dos cortometrajes seleccionados en festivales internacionales. Actualmente finaliza una especialidad en creatividad por la EDINBA y desarrolla tres proyectos audiovisuales.

Sioux Comunicación



CONTRAPORTADA / A CONTRALUZ



Sebastián Díaz Barriga (Ciudad de México, 1998). Autor del poemario *Un rezo para mi padre* (2018, traducido al inglés en 2020). Ha publicado poemas y traducciones en *Carruaje de Pájaros*, *Low-Fi Ardentia* y *Poesía Mexa*, entre otros.

fabricandopajaros



Editorial

Para esta edición de *Punto de partida* propusimos explorar la infancia y la vejez a través de la literatura y la gráfica. Al ser una revista para jóvenes creadores, estos temas se mostraron como una forma de alteridad, como aquello que ya no es la juventud, y eso otro que todavía se vislumbra lejano. Como la vida, el *dossier* inicia con textos sobre la niñez, en el medio encontramos otros en los que conviven los pequeños y los mayores, y cerramos con propuestas enfocadas en estos últimos. Quienes colaboran exploran estos “extremos” de maneras reales y sin estereotipos, alejándonos de preconcepciones que empobrecen nuestra manera de relacionarnos con los niños y los adultos mayores, presentan historias que nos hacen preguntarnos por las múltiples posibilidades de volver a comenzar la vida.

Inicia el poema “Cartografía de la infancia”, de Katia Gabriela de Alba García, en el que los versos se siguen como diapositivas proyectadas en la memoria. Continúa “Ganar cancha”, un cuento escrito por Jessica Sevilla e ilustrado por Jocelyn Vázquez, en el que unas amigas toman la palabra y ponen el cuerpo para transformar el recreo de su escuela. Dos de los cuentos coinciden con personajes que se pierden a medio camino entre la realidad y los linderos de la memoria: mientras que la protagonista de “Cuando la melodía se apague”, escrito por Verónica Díaz Salazar, busca revivir el pasado, el de “Ya no hay fechas importantes”, de Jorge Orlando Correa, huye de aquellos recuerdos que dejaron su mente en un punto sin retorno. Encontramos también “Toda una vida en diez horas”, una crónica en la que Ulises Flores Hernández hace un perfil de la precariedad laboral actual que no distingue edades. El poema “Cuando nací, mi madre tenía los mismos años que ahora tengo”, de Alan Valdez, se sitúa desde la soledad y retrata cómo el paso del tiempo se manifiesta en los espacios que habitamos. Le siguen los versos de Andrea González Aguilar, cuyo título, “M”, evoca visualmente la continuidad de la vida a través de las generaciones. En su ensayo “Levantar un puño ajado contra la muerte”, Mateo Peraza Villamil defiende que la creatividad, el arrojo, la sabiduría y las aventuras no están peleados con la vejez, en contraste con la melancolía que se le suele asociar. Cierra esta parte “La venganza de la sal”, un poema breve de Xóchitl Espinosa Padilla sobre un futuro inevitable.

En *Cuentagotas*, la sección de literatura breve del Carrusel, encontramos “Cumpleaños”, de Carlos Rutilo Aguilar. Para *Heredades* Luis Romani escribió sobre Luis Zapata, quien a través de diversos géneros literarios “vino a reformatear la vieja tradición de la *jota literaria mexicana*, la del disimulo”. Para *Entre Voces*, Karina Feliciano López entrevistó a *Maelen*, un proyecto independiente, fruto de la pandemia, que ofrece a los adultos mayores sin empleo la oportunidad de transmitir lo que les apasiona a



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

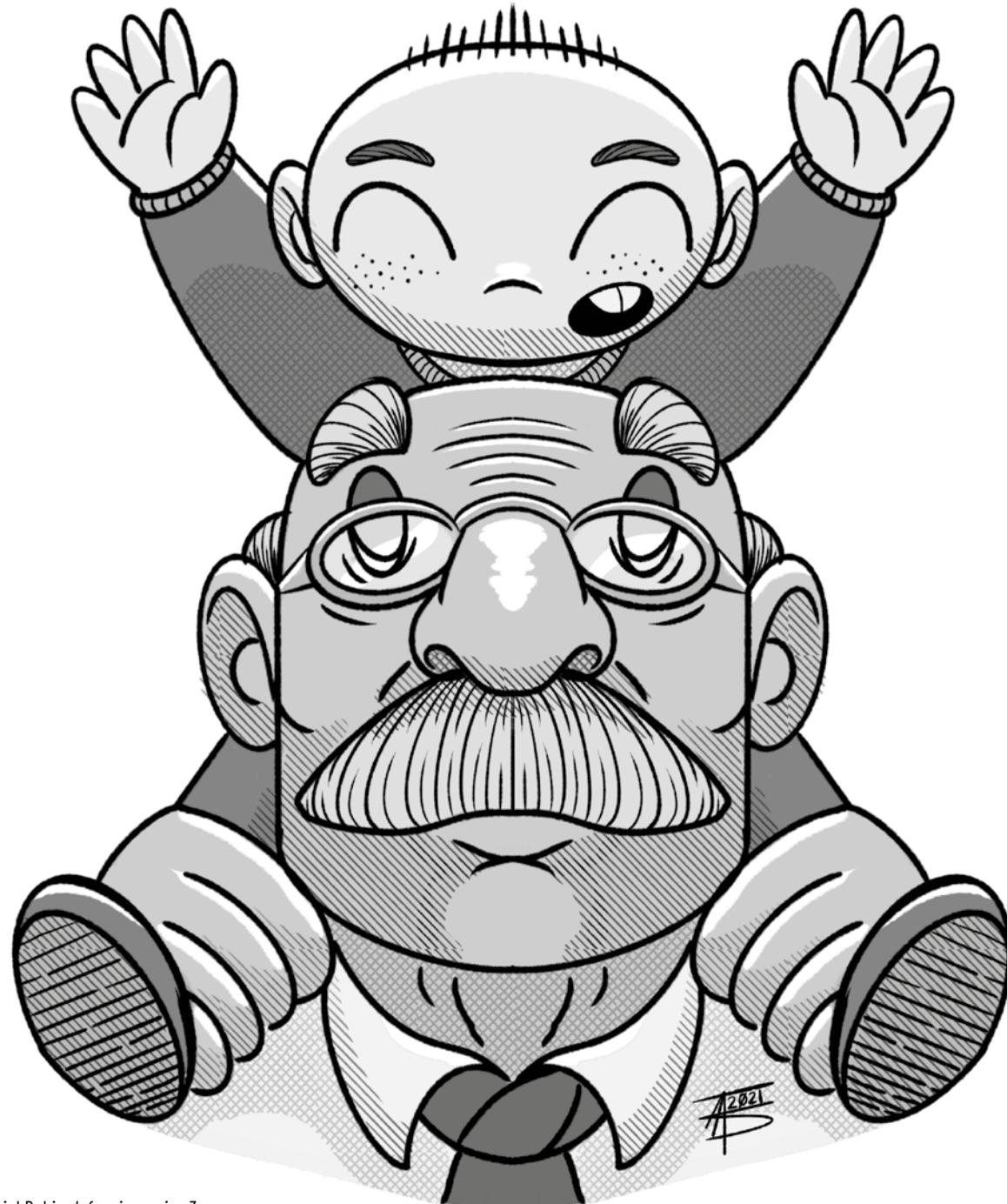
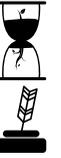
cambio de un ingreso. En *Bajo Cubierta* encontramos la reseña de Luisa Valenzuela sobre *A golpe de linterna*, antología en tres tomos hecha por Liliana Pedroza que recupera la literatura escrita por mujeres desde 1910 hasta la fecha. La segunda reseña es de Sergio Pérez Torres sobre el poemario *Arco de la histeria, el libro negro* de Esther M. García, Premio Nacional Carmen Alardín 2020.

Esta edición también recoge los textos ganadores del XIX Concurso de Crítica Teatral Crítico: “*Un beso en la frente: soliloquio a dos voces*”, de Ixchel Abril Peña Rincón, y “25 minutos de inmersa incomodidad”, de Hiram Alvarado Domínguez. La parte gráfica de este número son creaciones de Rosa Vázquez Jiménez, Brenda Pichardo Hernández, Ariel Rubio, Karina Aguilar Guzmán y Daniel Mala vida. A la postal, ilustrada por Sebastián Díaz Barriga, la acompaña un fragmento del poema “Seres de papel” de Alisson Rivas. Finalmente, el cómic de *Tinta suelta*, de la mano de Jorge Ponce, conjuga en su título el ánimo del número: “Como te ves, me vi...”.

Compartimos con ustedes el punto de vista de una generación cuyas creaciones nos llevan a preguntarnos por el sentido que le damos a lo que ha pasado y a lo que queremos construir, para nosotros y para los demás. Estos tiempos nos exigen que hagamos que nuestros años no pasen en vano. 📍

Aranzazú Blázquez Menes





Ariel Rubio. Infancia y vejez 3

Cartografía

KATIA GABRIELA DE ALBA GARCÍA

de la infancia

El ruido del viento puede iniciar con el recuento de la infancia e inundar los ojos:
 el sonido de una bicicleta acercándose es un hermano,
 la calle empedrada es el viejo barrio.
 Árboles de hoja gruesa;
 verde esmeralda, porque odiamos lo militar.
 Pinos altos bien enraizados,
 y el viento ligero en las horas del juego.

Las tortillas de maíz tocando en cada puerta:
 el hambre después de la escuela.
 Todos los miércoles de frutas y verduras tiradas por los suelos,
 todos los puestos horriblos de pollos degollados,
 los mágicos juguetes,
 los que costaban cinco o quince pesos,
 y los que no podíamos costear con ninguna moneda,
 con ninguna mirada.
 Las esquinas de ropa para mamá,
 las playeras de moda de todos los dibujos animados de la televisión
 y los dulces a granel.

Los animales que nunca compramos,
 pero observábamos todos los días en una tienda de mascotas,
 el balón sucio lleno de aire
 sonaba y encestaba.
 La casa hogar y sus juguetes tristes,
 los niños de cacharro,
 los niños regalados,
 la niñez interrumpida por las monjas malencaradas vendiendo felicidad ajena.

El olor a cloro y a comida de peces,
 un acuario en el que se deseaba vivir por las tardes.

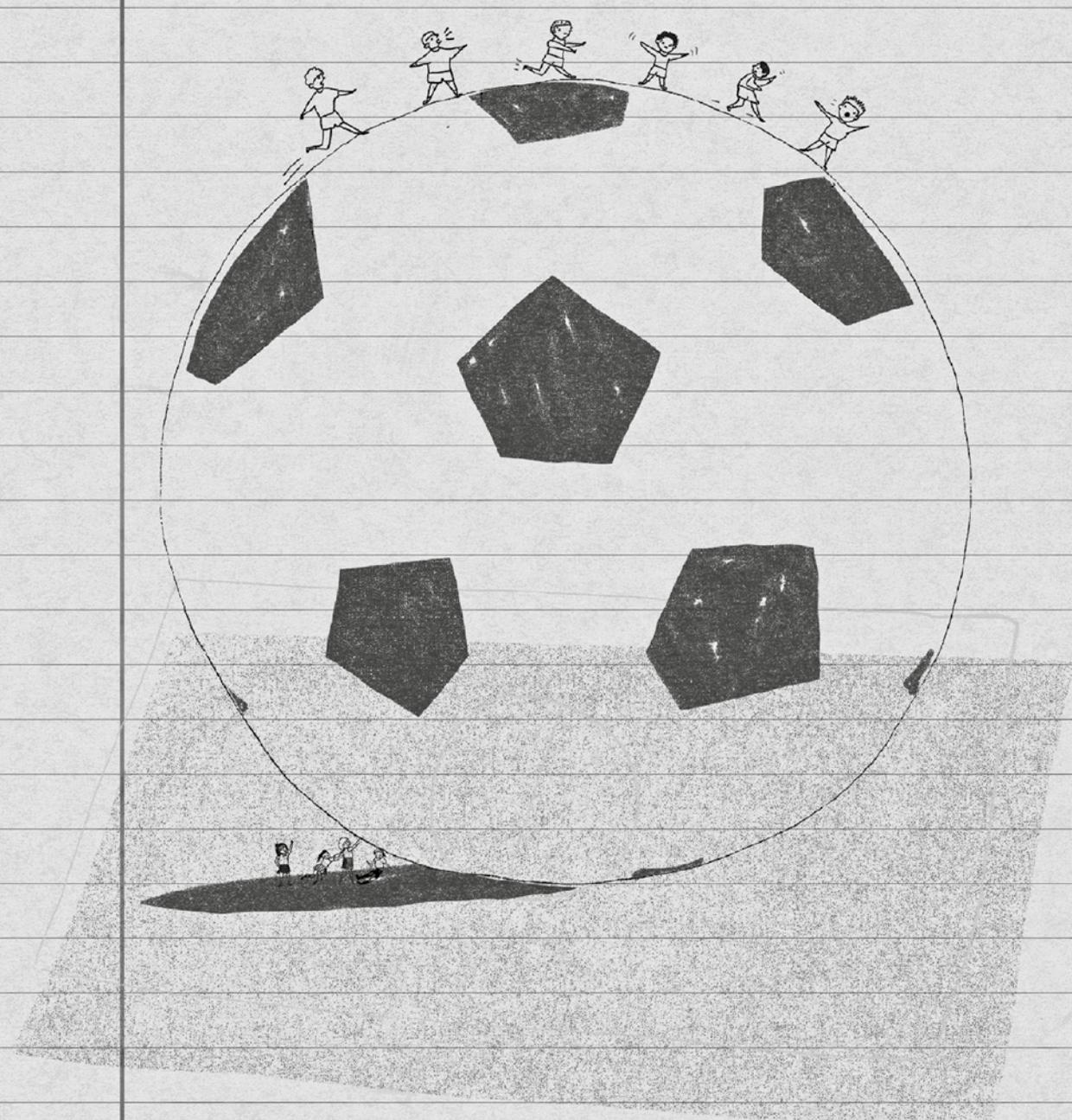
Las obsesiones por lo fantástico cruzando una avenida;
 una tienda de trucos y magia,
 las farsas y sus risas.
 Arriesgar los castigos de mamá y terminar en Tlaquepaque,
 comprar galletas de menta
 y visitar la tienda de la señora vende cuarzos,
 vende magia.
 Los tirones de cabello que curaban,
 las anginas sanadas por una bruja.

Las comidas de una mujer que regalaba felicidad,
 los olores de cada casa saliendo por las ventanas,
 los departamentos sucios, abandonados y bellos,
 los jardines,
 las casas hechiceras,
 los niños en las calles después de las seis,
 los licuados,
 las tías chismosas,
 los juegos de “maquinita”,
 las niñas que hacían llorar,
 la hora del pan caliente,
 el perro que te acompaña a la tienda,
 y el perro que se llevaron y nunca volviste a ver,
 las mascotas que enterraste en el jardín,
 las vueltas en bicicleta en tiempo perfecto.



Daniel Mala vida

Ganar cancha



\$0.00

Escrito por Jessica Sevilla
 ilustrado por Jocelyn Vázquez



Frida estaba echada boca arriba a lo largo del sillón. La cabeza ladeada le colgaba del asiento, un brazo en el respaldo y otro sobre la panza llena, las piernas abiertas como rana; se sentía satisfecha de la doble ración y de cualquier airecito que la refri mandara a su frente sudada, adherida de cabellos crespos. Mientras su mamá recogía la cocina, imaginaba bailar en 180 grados sobre el immaculado plafón, mancharlo con los zapatos que había dejado tirados a media sala. A la ingrata le tocaba secar los platos, pero una llamada la salvó. Cuando terminara de hablar con Grecia, los platos ya estarían secos y guardados.

—Que lo graben con los Digi-Tamagochis y lo suban directamente al TimTom Web. Todo mundo tiene usuario en el TimTom Web.

—Pero no todo el mundo en Mexicali tiene compu para entrar al TimTom, y menos para verlo en Digi-Tamagochis.

—Pero si no tienes compu, vas al café internet. Y en el café internet lo único que haces es jugar Tibia, Gaia, o meterte al TimTom Web.

—De tercero para abajo no usan esas cosas.

—La hermana de Nica va en segundo y sus avatares son las reinas de todos los foros.

—Okei. Tienes razón, aunque creo que esa niña está adelantada. No sé si pueda convencer a las demás.

—Todas quieren salir en el TimTom Web. Se trata de hacer un *flash*, eso lo entienden perfecto. Voy a quemar el CD de mi mamá para que todas ensayen; sentadas de mariposa, dos aplausos y dos golpes en las piernas con las manos separadas, y sólo la partecita del coro que dice “we don't need no education, we don't need no thought control”. —Frida había descubierto el rock progresivo y quería ponerlo de *soundtrack* para la vida, intercalado con las Spice Girls.

—¡Wei!, esa canción no tiene nada que ver.

—Siento que sí, wei. Siento que tiene todo que ver.

—Se va a confundir *lo principal* que queremos decir. Además, son un montón de palabras en inglés.

—Es un colegio bilingüe, Grecia. Nos sirve para practicar.

—Tenemos dos horas y media para hacer todo, Frida —respondió Grecia imitando el tono de su amiga—. Sé realista, queremos que esto sí pase.

—Okei, pues. Hay que quedarnos con los dos aplausos y los dos golpes en las piernas.

—Sale. Eso sí. Nos marca el *tempo* para lo demás. A ver. —Practicaron las dos frente a sus respectivos espejos, con el Digi-Tamagochi enclapado en la polo escolar, transmitiendo el ensayo en tiempo real. No funcionó.

—Mejor nos quedamos con el de dos golpes y una palmada, tipo porra de deportes.

Este cuento se escribió en el mes pandémico de julio del 2020 bajo la bonita tutela de Elma Correa, con aportaciones y revisiones de Bárbara Gonzalez, Ana Nicholson, Alicia González, Ferdinando Armenta, Jesús Ernesto Guevara, Mei Molina, Ángel Balbuena y Mikhail Ramos. También agradezco al Txus por las charlas de fútbol y política que ayudaron a darle forma, y a mi ma y hermana, que me contaron sus propias protestas en los patios de los setenta y de los años 2010.

Frida se llama mi sobrina, que recién nació, y Grecia, mi primita que lleva peleando la cancha desde muy morrilla en su primaria —ahora en marchas y colectivas de niñas incitadoras—. Les dedico este cuento a ellas y a todas mis compañeras del patio, entre ellas Josi Vázquez, quien lo ilustró.



Frida y Grecia se habían topado con un obstáculo para llevar a cabo el proyecto que más les emocionaba ese año: montar una coreografía para el fin de curso de diciembre. El obstáculo era tan grave que decidieron que rebasaba su proyecto personal y que debían hacer *algo* para remendar esa avería sistémica. “¿Para qué nos enseñan Historia si no es para arreglar cosas como ésta?”, se preguntaba Grecia. Las dos se conocían apenas desde hacía un año, cuando eran las nuevas del colegio. Además de la inquietud de encajar, compartían dudas y deseos, y bailaban por las tardes en la misma escuela de danza. Solían lonchar con Mía y Pía en el recreo. A veces se sentaban con más niñas, pero cuando traían la gran obsesión dancística de fin de semestre sólo eran ellas dos. Pía entrenaba gimnasia desde pequeña, tenía fuerza y gracia para bailar, y alguna cosa que no tenían Frida ni Grecia que la hacía muy buena para los deportes con pelotas. Aunque no era tan buena como Mía. Ella era la mejor en la cancha y en Educación Física. Siempre había jugado fútbol con los niños, pero un día le dijeron que ya no, que si acaso era machorra. No conocía esa palabra, pero reconoció que era una ofensa. En su casa, la buscó en el diccionario y al leer la definición sintió una mezcla de irritación y culpa. No le gustaba bailar, su rol en los ensayos era corregir los tiempos y ponerle *play* a la grabadora. Aunque

todas las de quinto platicaban del chisme escolar general, cada grupito tenía sus temas particulares: la ciencia de los bichos, los objetos y las mercancías de moda, los placeres como el chamoy y los carbohidratos, peinados y *lip glosses*, la existencia de Dios y de Lucifer, la vida en otros planetas, el infinito, etc. El cuarteto conformado por ellas era el menos recatadito para la carcajada, para hablar sobre los detalles de la incipiente atracción sexual que sentían, de las flatulencias y los fluidos corporales. A veces daban continuidad a discusiones de clase, especialmente de ciencias sociales. Y muy seguido hablaban de sus cuerpos; de cómo se sentía cuando lograban controlarlos mediante la danza o el deporte, y de los cambios que estaban padeciendo durante ese periodo. Un día de agosto decidieron iniciar con la gestión de su proyecto, y para eso tuvieron que hablar con Sergio y Mario, que eran los lidercillos de los niños deportistas de quinto.

—Oigan, la Grecia, Mía, Pía y yo queremos decirles algo.

—Qué onda —dijo alguno de los dos.

—Lo que pasa es que vamos a montar una coreografía para diez niñas.

—Y necesitamos un buen pedazo de su patio. No podemos hacerlo en los pasillos, ni en las gradas.

—Ni en los huecos que quedan libres en el patio de los chiquitos.

—¡Y es súper importante que tengamos mucha área! —enfaticó Grecia.

—Nos urge trabajar con el espacio escénico. No podemos coreografiar los *desplegazamientos* ni las formas que queremos en los pedazos que sobran del patio





chiquito. —Las intervenciones de Frida resultaban altaneras para los niños porque usaba palabras mamonas, como *espacio escénico*. —Queremos usar la mitad de su cancha. Igual podemos pedir a los de sexto dividirla en tres, o ustedes pueden jugar con ellos.

—Uy, no creo, la verdad. Estamos entrenando para el torneo municipal —dijo Mario.

—Además, llevamos toda la primaria esperando llegar a quinto para poder tener nuestra propia cancha —completó Sergio.

—Sí, morras. La neta, esta cancha es de nosotros. Yo creo que sus bailables caben en cualquier otro lugar. Nosotros sí la necesitamos porque tenemos que colocarnos en nuestras posiciones y, pues, corremos con el balón y necesitamos dominarlo en casi todo lo que abarca nuestro pedazo del patio.

—La neta, no me parece justo —se adelantó a contestar Mia.

—Ustedes son bien poquitos y están abarcando todo esto —completó Pía, apuntando hacia las apretadas canchas de su colegio con las manos en movimiento aparatoso.

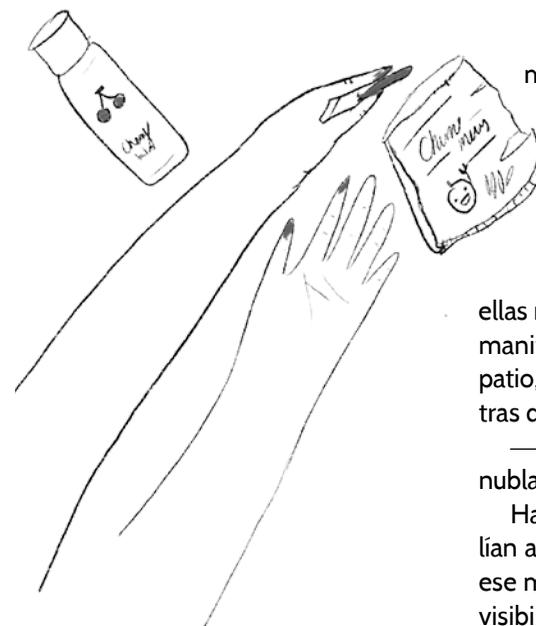
—¿Qué les cuesta compartir el espacio para que nosotras podamos hacer nuestras coreografías aquí también?! —A Frida le encantaba el drama y dijo esto último al borde del grito, con manotazos y adelantando el cuerpo.

En vista del nulo éxito obtenido por la vía del diálogo, las niñas decidieron empezar a lonchar en la mitad de la cancha. Su intención era molestar a los futbolistas hasta que cedieran, pero pasaban los días y su plantoncito no generaba los efectos esperados. Se sentaban ahí, comían su sándwich, compartían las gusgueras, platicaban, practicaban movimientos en su *espacio kinesférico*, hacían lluvia de ideas para las piezas coreográficas, evaluaban las pantorrillas y el desarrollo muscular de los jugadores, y recibían hartos balonazos.

—Pinche flacucho con su bigotillo chafa. Se cree muy muy nomás porque mete los goles —dijo Mia criticando a Sergio.

Las niñas estaban enojadas con sus compañeros, pero había algo que las molestaba más y que no lograron comprender hasta después de varios días de platicarlo: que la jerarquía en el uso de los patios era así desde siempre, y a pesar de ser injusta, la defendía la tradición. Los niños eran las piezas cómodas de la mala costumbre. Cara, la más recatada y juzgona de todo quinto, había comenzado a decir que sólo se sentaban al centro de la cancha para llamar la atención y zorrrear a los niños. Tenía algo de cierto, pero ella no entendía el verdadero motivo ni la rabia del pequeño plantón.

—El problema con Cara es que es miedosa. Siempre quiere quedar bien y seguir todo al pie de la letra. —Mía, la menos ajustada a los estereotipos de feminidad, trataba de comprender sus diferencias con Cara, que había sido su amiga desde el



maternal pero en los últimos meses se había distanciado sin algún motivo evidente. Pía, por otro lado, pensaba que lo de Cara era más bien una cuestión de comodidad o conchudez, como la de los niños:

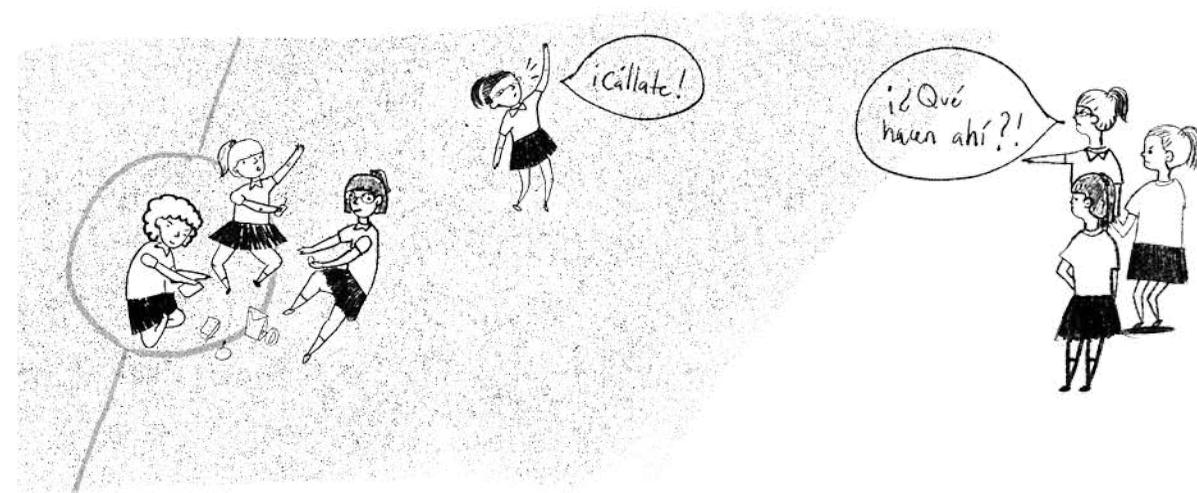
—No cree que valga la pena fundirse en este solazo y aguantar balonazos por nuestra causa.

Grecia, que era la más articulada, lo consideraba una actitud irresponsable:

—El problema es que si nos regresamos a lonchar a la sombra donde están ellas no sólo nosotras nos vamos a atrasar en hacer la coreo; también nuestras hermanitas y las niñas que vendrán después van a seguir nomás en los rincones del patio, hablando chismes y comiendo hormigas por el resto de los tiempos, mientras que los niños entrenan, desarrollan estrategias y ganan campeonatos.

—¿Vieron que ya se rasuró las piernas?, parecen peras enceradas —cerró Frida, nublada por el enojo, al mismo tiempo que sonaba el timbre.

Había dos grupos en cada grado de primaria. Las del preescolar y secundaria salían al recreo en distintos horarios y seguramente vivían otras situaciones, pero en ese momento la urgencia era resolver el problema inmediato de la primaria y dar visibilidad a la injusticia más grande. En internet habían visto a una niña nórdica haciendo su propio desorden para remendar la mayor avería del sistema desde otro frente. Su estrategia les sirvió de ejemplo: lo primero era tener poder de convocatoria, contagiar el ánimo de cambio como un virus, que su exigencia llegara a la coordinación de zonas escolares, y así para arriba. “Tenemos que llegar a las más populares en cada salón, pero que no se corra la voz antes de tiempo. Alguien podría sabotearnos”, “tenemos que explicarles bien, que entiendan que esto nos afecta a todas y no se trata sólo de nuestro capricho de bailar”, “¿pero cómo vamos a saber quién sí jala?”, “hay que irnos con las hermanitas de nuestras amigas y que ellas nos contacten con las demás”, “necesitamos platicar con ellas, una por una, para que nos digan si tienen sus propios pedos con el patio”. Y eso hicieron; fueron



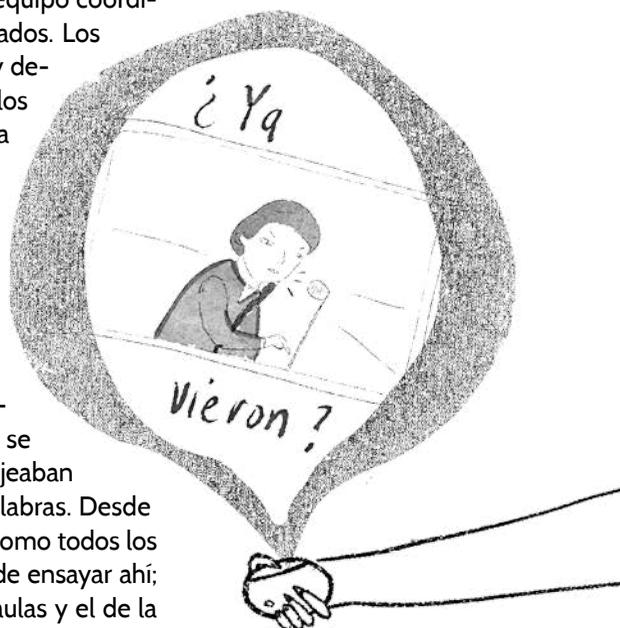


tejiendo cadenitas, recolectando información en el recreo y dándose cuenta de que el asunto patio era una cosa muy complicada.

Grecia, Mía, Pía, Frida y la mayoría de las niñas líderes e incitadoras de cada salón convencieron a sus padres de llevarlas a la escuela una hora antes que de costumbre. De todos modos, la guardia siempre estaba para cuidar a lxs niñxs madrugadores: hijxs de papás que trabajaban desde muy temprano en las maquilas, en otras escuelas, en el otro lado, o que tenían una mamá muy tempranera. Marcaron espacios, repasaron el plan, los tiempos, los posibles percances, y se desearon éxito. Grecia y Frida tenían hermanitas incitadoras en segundo y cuarto. Pía tenía una prima en sexto. La hermanita de Mía todavía estaba en preescolar. Estaban nerviosas porque, además de una confrontación, eso sería como una presentación escénica de una cantidad indeterminada de participantes que no había sido ensayada. Las dos horas y 50 minutos de clases previas al recreo fueron tensas, pero pasaron rápido porque Pía había planeado una dinámica de reuniones en el baño para mantener al equipo coordinador al tanto de confirmaciones de participantes y posibles altercados. Los Digi-Tamagochis estaban prohibidos en el colegio, había sanciones y decomisos. Eran carísimos y, aunque muchas los tenían, la mayoría de los papás clasemedieros se los habían comprado condicionalmente. La comunicación tenía que ser oral o en papelitos. Los papelitos no eran la mejor opción y se habló de eso en la reunión de la mañana, pero al correrse la voz del evento algunas de las incitadoras olvidaron compartir ese detalle. En 3° B casi las cacha Miss Martha porque una tal Luisa Martínez no supo ser discreta cuando le llegó un mensaje. La incitadora Yunuén Catarina improvisó una historia para confundir a la maestra.

A las 10:50, Frida y Grecia se derretían de sudor y nervios en sus mesabancos del 5° A, mientras esperaban el sonido del timbre, que ya se estaba tardando en esos últimos diez minutos. En el B, Mía y Pía se ojeaban entre sí, pasándose uno de esos mensajes oculares que parecen palabras. Desde su mesabanco junto a la ventana, la Pía tenía vista al patio chiquito, como todos los otros salones. Probablemente por eso tampoco les gustaba la idea de ensayar ahí; aunque hubiera espacio libre, estaba rodeado por dos edificios de aulas y el de la dirección. Las ventanas y las maestras siempre lo estaban observando. Pía revisaba que las asistentes a la última reunión caminaran del baño a su salón sin levantar sospechas y mandaba a Mía el mensaje ocular de que *todo fine*. En los 12 salones se había confirmado la participación de 70 personas. La población total de niñas era de 132.

Salieron de los salones medio tiesas. El ambiente del recreo era tenso, se notaba que los grupitos de niñas cuchicheaban más que en un día normal. Frida, Grecia, Mía y Pía fueron al baño a repasar los movimientos estratégicos por última vez y mojarse la cara. También hacían tiempo. Tenían que dejar pasar unos cinco minutitos, como todos los días, en lo que los del fútbol terminaban de devorar sus lonches



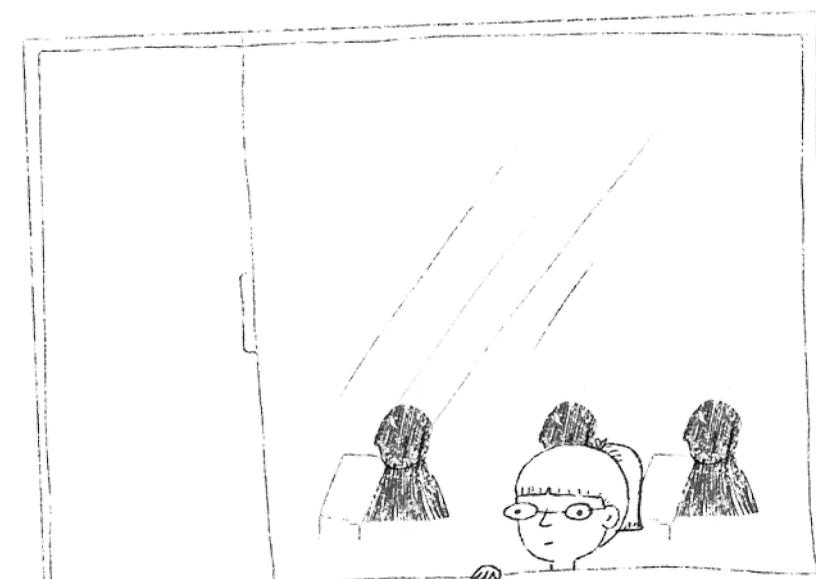
para ir a jugar. *Merde. Break a leg.* Se sentaron a comer donde siempre, al centro de la cancha de los de quinto. Sacaron los sándwiches de las loncheras y pretendieron tener algo de qué hablar mientras releían las tarjetas. Luego empezó a pasar. Llegó Diana Salazar, de 5° A, con cuatro niñas más que se sentaron de mariposa, en círculo, en una esquina de la explanada. Abrieron sus loncheras y comenzaron a comer. Luego llegaron los grupitos de segundo al mismo tiempo. Se pusieron junto a las de quinto en vez de abarcar la otra esquina. Pero total, ya estaban ahí y los futbolistas de la cancha tuvieron que hacer más cortos los pases de balón. Inmediatamente se dejaron venir las demás, al mismo tiempo.

- ¡Habíamos puesto un orden para que esto pasara poco a poco! —se quejó Frida.
- No hay pedo, va muy bien, los niños ya se están dando cuenta —contestó Pía.
- Creo que van a parar de jugar.
- No manches, no manches, esto ya está pasando —dijo Mía entre dientes—.

¿Empezamos ya?

- Ahorita que se sienten todas —dijo Frida, preocupada por el orden del plan.
- No manches, wei, ¡ya!, voy a empezar. —Pía abrió con los golpes y las demás le hicieron eco: dos palmadas en las piernas y un aplauso de porrista con las manos en forma cóncava.

Después de la primera ronda se unieron poco a poco el resto de los grupos. La cancha estaba prácticamente llena de niñas. Los niños habían sido desalojados y se fueron a parar a las gradas, riéndose, hablando entre sí y diciendo frases como “qué pedo con las morritas, wei”. Ellas se coordinaron en segundos, sintiendo la vivacidad de la travesura, mirándose y sonriendo, aunque Frida y Grecia estaban nerviosas. Grecia era la primera. Se paró sin dejar los movimientos de las manos, y luego cambió los dos golpes a las piernas por dos golpes con las piernas. Estampaba un





pie al frente de su cuerpo seguido del otro y luego aplaudía con una sola mano, en la otra traía una tarjeta levantada al cielo. Le siguió un miembro de cada grupo, levantándose y repitiendo los movimientos de los pies a su manera. Otras niñas se unieron y varias maestras se acercaron. Comenzaron las consignas y las niñas sacaron los Digi-Tamagochis. Se vio a Miss Martha correr de la escena hacia la dirección.

Grecia empezó a desplazarse con el *tempo* de la manifestación, mientras desdoblaba los brazos hacia el frente de su cuerpo y los frenaba en un movimiento seco, con las palmas abiertas en vertical. Levantó la voz como porrista o predicadora y se dirigió a las niñas. Todos los Digi-Tamagochis apuntaban a ella, así como las miradas de las niñas, los niños boquiabiertos en las gradas y las maestras atolondradísimas.

—¡Estamos aquí reunidas para reclamar nuestro derecho al patio! En la escuela nos hablan de lo justo y lo injusto, de la independencia, la revolución y la libertad, pero en la vida real y en el patio no hay igualdad ni justicia, ni libertad para todas.

Frida le aventó un clamor, con ese *feeling* que le meten las del flamenco. Varias niñas imitaron el gesto desde distintos puntos del patio. Los golpes y el aplauso se escuchaban cada vez más al unísono. Miss Paty y Miss Nidia se unieron con las palmas. Las niñas incitadoras habían acuerpado el movimiento con mucha contundencia. Las cuatro organizadoras estaban sorprendidas de cómo se soltaban estampando los pies y agitando los brazos con desenfreno, mientras se desplazaban al centro de la explanada. Las demás improvisaban y exageraban los movimientos de sus brazos al golpear y aplaudir.

—¡Éstas son nuestras peticiones! —gritó la Grecia. Las niñas tomaron el centro una por una, sin ninguna jerarquía de edad o grado. La primera fue una de segundo:

—¡Que el patio sea un lugar para todas y todos! —Su voz aguda caló en el tímpano.

—Que los poquitos niños del fútbol no ocupen todo el espacio.

—Las niñas también queremos movernos por todos lados y no estar apachurradas en las esquinas —dijo la hermanita de Frida.

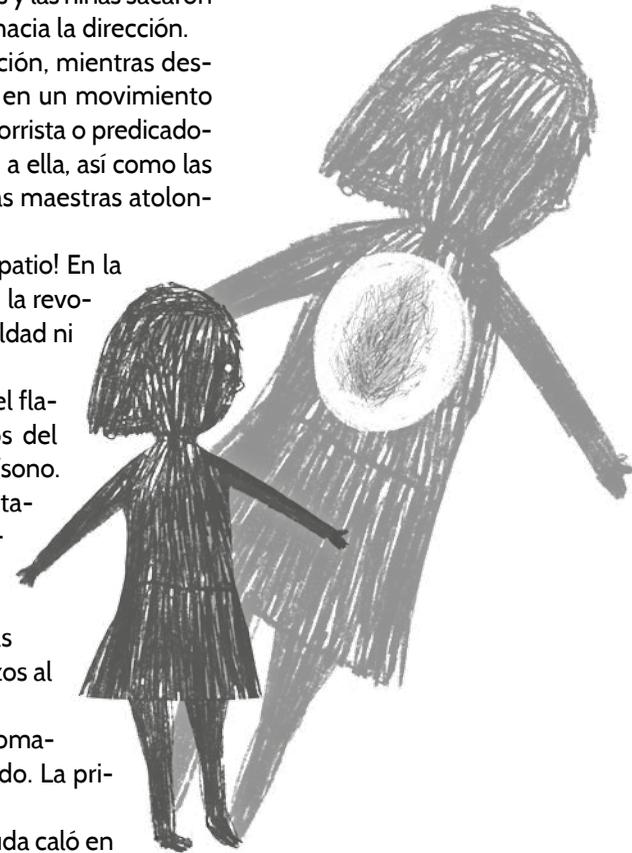
—Que a los niños que no juegan fútbol, porque no les gusta o son maletas, ¡que nadie les diga nada! —gritó Alex, el único niño del movimiento—. ¡Aunque les guste jugar y bailar con las niñas!

—Que el patio tenga más jardín, árboles y flores —dijo Dena, una niña de tercero que, con pura emisividad y reflectancia, cocinaba los bichos del único árbol del patio, un eucalipto que ni siquiera daba sombra.

—Y arenero, y menos piso duro, y que sea más grande —completó Priscila, de primero.

—¡O que el recreo sea en el parque de al lado!

—Que mi hermana pueda venir a esta escuela y jugar en nuestro patio, porque los CAM quedan muy lejos y separados del mundo. —Casi nadie sabía que la



compañera se refería a un centro de atención múltiple, pero las que sabían lo explicaron a las demás, y todas sintieron disgusto al enterarse de más exclusiones.

—Que pongan sombras para no calcinarnos con el sol de Mexicali.

—¡Que nos dejen rayar con gises y pintura, y mover las bancas! —gritó Melanie de 4° B.

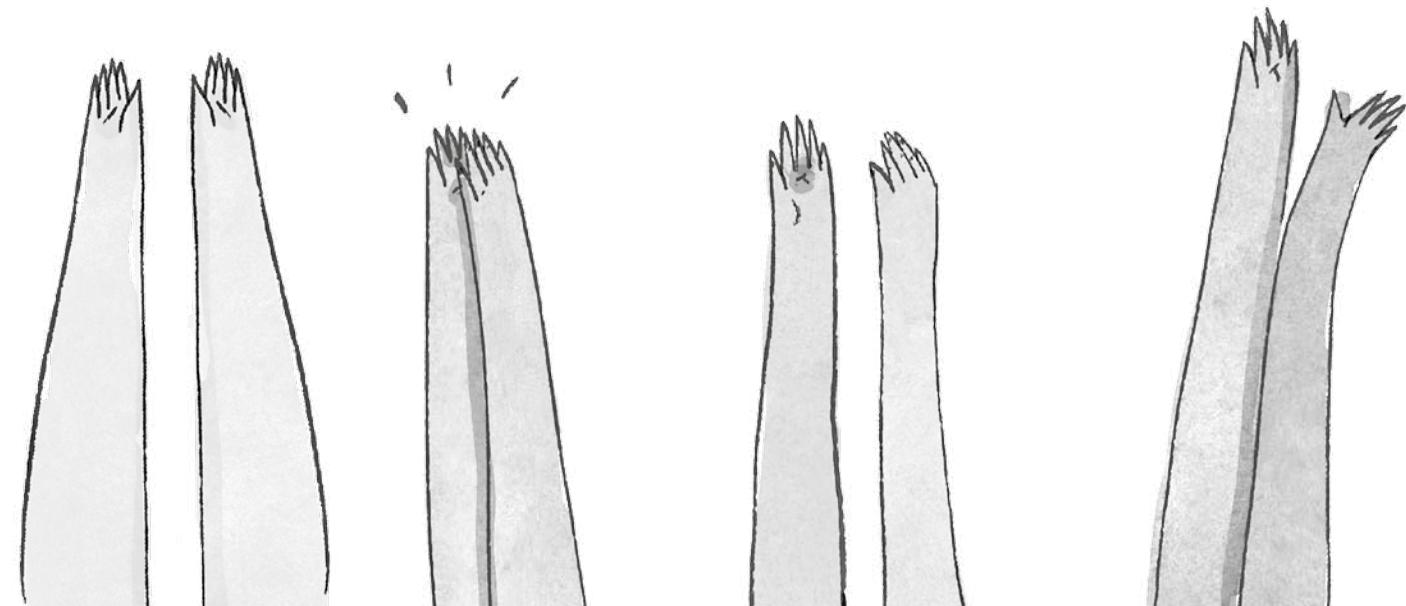
—¡Que a las niñas nos dejen usar pantalones!

—¡Aunque las faldas están muy frescas, usar shorts de licra nos da mucho calor! —Mía estaba particularmente enojada con este tema: cómo era que los niños del fútbol, sin problema, hasta se podían quitar la camiseta empapada de agosto y ella tenía que andar toda encogida—. ¡Pero tenemos que usarlos para que no nos vean los calzones los niños o los profes!

—¡Queremos poder colgarnos del pasamanos boca abajo y mover nuestros cuerpos libres!

El patio entero ovacionó y las maestras se unieron. Los Digi-Tamagochis comenzaron a subir el contenido a los foros del TimTom Web y, aunque fuera horario escolar, por algún motivo había gente conectada.

—¡No mamen lo que acaban de subir al TimTom las de este colegio mamón, con sus Digi-Tamagochis! Hay que quemarles la cura —se oyó decir a la capitana de la porra de una secundaria del sureste de la ciudad, esa mañana de pinta, en un café internet. P





Cuando la melodía se apague

VERÓNICA DÍAZ SALAZAR

I

La abuela tiene una máquina del tiempo en su habitación, ése era nuestro gran secreto. Parece una caja de música común y corriente, pero a esta caja hay que darle cuerda según los años atrás que quieras viajar. La encontró un día al fondo de su armario, no sabía muy bien cómo había llegado ahí, pero a mí no me sorprende. Después de todo, llevaba mucho tiempo junto a las cosas perdidas dentro del cajón de la abuela: calcetines sin pares, botones, recetas de cocina, pasadores, cartas y fotografías viejas de personas que nunca conocí.

A mí también me gustaría vivir mis momentos favoritos una y otra vez, pero ella es la única que puede viajar al pasado. No me lo dijo, pero no quería que nadie se diera cuenta, yo creo que por eso sólo me lo contó a mí.

II

Sólo una vez pude viajar en el tiempo con ella, pero nadie me cree. Cuando me mostró casi me caigo de la cama del susto: sacó la caja, le dio cuerda, y cuando la música comenzó a sonar, pude sentir que el cuarto de la abuela comenzó a calentarse, los rayos del sol quemándome la piel, no había mar, pero podía escuchar el ruido de las olas, el canto de las aves y el rumor de los pescadores llegando a la orilla. De pronto, la abuela ya no era la abuela: era una niña de largo cabello negro que buscaba conchas entre la arena, tenía nueve años al igual que yo. Ese día jugamos y jugamos hasta que papá nos mandó a dormir a las dos.

III

Otra vez la abuela está muy nerviosa, camina de un lado a otro, abre y cierra cajones, le ayudo a buscar por todo el cuarto, al fin encuentra el collar tan bonito que le regaló el abuelo, el de perlas blancas, estaba justo ahí, en la caja de música, como siempre. Quiere asegurarse de que todo esté listo, pero yo ya me adelanté, tengo el peine en una mano y los pasadores en la otra. Se sienta delante de mí y mientras la peino me cuenta de su futuro esposo. Cuando termino de peinarla, saca el anillo de compromiso de la misma caja y se hunde dentro del armario en busca del vestido de novia.

IV

Pero no todos los recuerdos son buenos, ésa fue la razón por la que mi papá descubrió de dónde venían nuestras aventuras. En una ocasión, la abuela viajó hasta aquella vez en la que mi papá, de niño, estuvo muy enfermo, tan enfermo que nada lograba bajarle la fiebre, tan enfermo que ella no durmió en toda la noche. En ese momento no supe qué hacer, tuve que enseñarle la caja de música a papá para que entendiera lo que estaba pasando. Desde ahí todo cambió mucho para los tres.

V

Cuando la melodía de la caja termina, la abuela de siempre regresa: cabello corto y blanco, lentes, sonrisa, collar de perlas, suéter verde. El problema es que algunas veces se va de viaje por tanto tiempo que se confunde y le cuesta mucho trabajo volver.



Rosa Vázquez Jiménez. *Alegría y añora*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. 2020

A veces no entiende por qué no puede ver el mar desde nuestra ventana, por qué aquí no hay otra cosa más que autos y edificios. No entiende que mi papá ya no es un niño o que yo ya no soy una bebé, no entiende que el abuelo ya no está y se queda dormida esperándolo en el sillón, como cuando llegaba tarde de trabajar. Esos días la pasa muy mal.

VI

En otras ocasiones, la abuela viaja aún más atrás, tan lejos que se vuelve muy muy pequeña, incluso más que yo y necesita de nuestra ayuda: en esos días mi papá le ayuda a vestirse, le explica con paciencia cómo abrocharse los botones. Yo le enseño a atarse sus zapatos, le hago las dos trenzas que le gustan, le explico que está lloviendo y que por eso no podemos salir al parque a jugar. Ella no dice nada, pero cuando papá no

nos ve le doy más helado después de comer para que no se ponga triste.

VII

Desde que el secreto ya no es un secreto, nuevas palabras han inundado la casa, palabras que ahora están en todas partes, que nos persiguen y no nos dejan tranquilos. Papá trata de explicármelas, pero yo no quiero entenderlas, no me gustan. Ahora todos tienen algo que opinar sobre la abuela, no la entienden, es como si le tuvieran miedo. No quieren aprender las reglas del juego, tratan de obligarla a regresar de sus viajes en el tiempo, quieren decidirlo todo: lo que puede hacer, lo que siente, lo que piensa. Yo les hablo de la caja de música, les explico que tenemos que esperar, pero ellos no entienden de estas cosas.



Rosa Vázquez Jiménez. Ausencia de mi viejo. Boston, Massachusetts 2018



VIII

La abuela teje junto a la luz de la misma ventana a la espera de un bebé que está por llegar, no importa si ese bebé soy yo, mi papá o alguno de mis tíos, la emoción siempre es la misma. Le encanta sacar su enorme canasta de estambres multicolor y los ganchos para tejer suéteres, calcetines y gorritos diminutos, qué más da si el suéter se queda a medias, con una sola manga, o si al final el calcetín se convierte en bufanda.

IX

Tenga la edad que tenga, la abuela siempre canta. Canta desde que tengo memoria: al regar las plantas, en la cocina o cuando descansa en el sillón. Siempre canta

canciones que sólo ella conoce, pero ahora le gusta más cambiarles la letra. Tampoco cocina porque se le mezclan las recetas, ya no va por mí a la escuela porque se le entrecruzan los caminos, ya nunca nos dejan solas en casa, y a veces ya ni siquiera podemos jugar. Aun así ella nunca deja de cantar.

Se molesta cuando no la dejan hacer cosas, cuando tratan de decidir por ella, pero yo sé que en realidad no está enojada, sino que está triste porque los días cada vez son más largos y el tiempo pasa cada vez más lento.

X

Papá le lee a la abuela cuando llega de trabajar, sin importar el periodo al que haya viajado en ese momento. A ella le encanta escuchar la lectura, ya sea de una novela, una revista, el periódico o una receta de cocina. Aunque la abuela no tenga ganas de nada, ni siquiera de hablar o de verme a mí ni a nadie, siempre se sienta a su lado y escucha.

XI

De vez en cuando papá se detiene en la entrada de su habitación y la observa recargado en la puerta, trato de imaginar lo que piensa, pero yo creo que más bien recuerda: tal vez esas vacaciones, cuando yo todavía era muy pequeña, en las que me llevaron a conocer el mar o cuando fuimos al zoológico, o quizás simplemente recuerda todos esos días que ahora parecen uno sólo, cuando la abuela cantaba mientras cocinaba alguna de sus recetas secretas que nunca quería compartir con nadie. Reconozco muy bien esa mirada porque la veo todo el tiempo, es la mirada de la abuela cuando ve sus álbumes de fotos, esa mirada silenciosa que refleja todo lo que ya no es.

XII

A veces la abuela no sabe quién soy. Ya no soy la bebé que cuidaba todos los días cuando papá iba a trabajar, no soy su hermana mayor, tampoco soy una vecina. Sólo soy yo, la que tiene nueve años. En cambio ella



Karina Guzmán. Muñecas

puede ser una niña, una bebé o una señora y nunca deja de ser mi abuela.

Hay días, como éste, en los que la quiero de vuelta justo ahora, no quiero esperar a que regrese de otro viaje. La quiero en este momento, a ella, con su cabello blanco, su collar de perlas, su suéter verde. Yo sé que también discutimos, nos enojamos y nos dejamos de hablar, pero siempre nos reconciamos. A fin de cuentas cada vez que va al pasado la conozco más, la conozco de nuevo, de diferentes maneras.

Pero por ahora lo único que puedo hacer es observar cómo gira la bailarina dentro de su caja al compás de la música mientras espero a que regrese. Presto atención para reconocer el momento exacto en el que la melodía se vuelva más lenta. Cuando el sonido comience a apagarse, le preguntaré una vez más a la abuela cómo estuvo su viaje. 📍



Toda una vida en diez horas

ULISES FLORES HERNÁNDEZ

Las carnitas que viajan en una nube de sabor, grasa y smog a 60 km/h

12:03

Cruzar Buenavista y Eje 1 Norte sano y salvo es la proeza máxima del capitalino. Si el contraflujo no me aplastaba, seguro lo haría el metrobús, pues mi espacio de tránsito quedó limitado debido al tráfico de avenida Insurgentes, que una vez más se niega a desaparecer. Por si fuera poco, tuve que sortear las oleadas interminables de pasajeros provenientes de la terminal Buenavista de la Línea B del metro y del tren suburbano. Todos ellos, como ovejas al matadero, emanan del subterráneo en busca de aire urbano. Y aun así amo Buenavista.

En este escenario reposa la antigua estación del ferrocarril mexicano, hoy convertida en Forum Buenavista, centro comercial especialista en el deseo ajeno, también lugar de estadía de Brandon Abraham Chon Gasser, joven de 24 años que observa el orquestado caos de la cotidianidad mexicana en tiempos de pandemia. A pocos metros de la entrada lateral de la plaza se ha creado un punto de partida para los trabajadores de DiDi Food, Rappi y Uber Eats. Ellos formaron un oasis que los aleja del calor y la locura de la ciudad.

“Es mejor esperar aquí. Si andas por la calle gastas gasolina. Aquí recogemos la orden rápido y nos vamos a entregarla aún más rápido”, precisó Brandon Abraham. Eso hacía también yo. Esperar, recargado en un poste, escuchando Universal Stereo con mi celular de tapa, idéntico a los usados en el mundo de *Los Expedientes Secretos X* y *Breaking Bad*. Chon, mi amigo desde hace más de 11 años, emprendía una lucha con la batería portátil de su celular, ya que la punta del cable estaba doblada y a veces dejaba de cargar.

Pensé que por estar cerca de un centro comercial las órdenes se apilarían como hojas en otoño. No fue así. La eterna espera tiene dos factores imposibles de evadir; el primero es económico: “No tengo dinero para mí. Menos voy a tener para la gasolina si se acaba”, me recordó Chon cuando propuse dar una vuelta para encontrar pedidos. El segundo iguala a la

burocracia mexicana: las aplicaciones manejan “zonas rojas” que orientan al repartidor para ubicar colonias donde hay alza de órdenes. Pero da igual que te encuentres en una color rojo porque sólo te llegan pedidos después de haber acumulado cierto número de horas esperando. Y cuidado con aceptar una orden y no entregarla a tiempo, pues la sanción se torna de pesadilla.

14:25

Llegó el primer pedido. Dos malteadas de fresa y una hamburguesa preparadas en Burger King nos ponen en acción. Con los cascos en mano y con el semáforo epidemiológico en naranja respirándonos en la nuca (semanas después volveríamos a rojo) nos abrimos paso a través de la plaza; y, aunque ésta y en especial la zona de comida no atendían al público, algunos curiosos se encontraban merodeando por los largos pasillos de Forum Buenavista.

La razón por la cual mi amigo había solicitado mi ayuda era porque resulta imposible cuidar que la comida no se estropee dentro de una bolsa ecológica de supermercado y conducir velozmente la motocicleta al mismo tiempo. Su novia, quien había desempeñado mi papel desde hacía semanas, se encontraba lejos realizando un curso para obtener un empleo de ventas con *home office*.

Mi inexperiencia en el cuidado alimenticio a domicilio me delató. Mientras corríamos a nuestro vehículo de dos ruedas, temía que las malteadas reventaran en la bolsa; no sé si fue a causa de mis nervios o de la hilaridad de la situación, pero mi mente comenzó a formular una pregunta para distraerme: ¿en qué lugar se encuentran las personas de la tercera edad, al vivir en una sociedad que privilegia la inmediatez y endiosa la tecnología?

Pareciera que las personas que construyeron nuestra nación han sido relegadas a un futuro incierto; por si fuera poco, en esta pandemia se volvieron el principal grupo de riesgo. Al escribir estas palabras la vacunación, orientada a adultos mayores de 60 años, ya ha empezado en las alcaldías Azcapotzalco, Cuajimalpa, Milpa Alta y Magdalena Contreras, pero avanza a pasos desiguales, obligando a los “abuelos” a seguir escondiéndose en sus hogares. Mientras la espera continúa, desafortunadamente otro gran número de adultos mayores no tendrá la dicha de ponerse la vacuna, ni volverá a ver que el mundo regrese a la normalidad.

14:34

Abrocharme el casco. Esperar a que mi amigo se sienta primero. Acomodarme en la parte trasera de la motocicleta y sujetarme de la manija lateral es lo que siempre hago. Pero ahora no. Aunque la bolsa colgaba de mi hombro izquierdo, sentía que si no la sujetaba con ambas manos se

Ariel Rubio. Infancia y vejez 5





desparramaría sobre el asfalto, pero si no me sujetaba de la manija el desparramado sería yo. Con más esfuerzo que ingenio nos adentramos en San Cosme para llegar a Santa María la Ribera; este desvío por el sentido de la circulación nos forzó a pasar por Walmart Buenavista. Aquello me hizo pensar en un hecho innegable: al inicio de la pandemia, el personaje olvidado de este recinto de la despensa familiar fue el adulto mayor.

En pocos escenarios se ha visto que la vejez le gane a la mano productiva de la infancia. La imagen del niño cerillo desapareció para dar paso a un grupo de empacadores ancianos. Pero ahora los desaparecidos fueron ellos, lo que dio lugar a una imagen vacía al final de las cajas. Fueron desplazados por un virus que, además de robarles una fuente de trabajo, los obligó a recluirse sin la certeza de cuándo volverá a ser seguro salir.

14:37

Llegamos en tiempo récord. Para fortuna de mi amigo, el pedido y yo nos encontrábamos frescos e intactos. La orden fue recibida en la calle Dr. Enrique González Martínez #244. El edificio de departamentos con el #246 fue en donde crecí; aquel lugar observó mis primeros ocho años de vida y por ello es dueño de mi infancia. Como si fuera una mirada espejo, mientras mi amigo entregaba el pedido, vi salir animoso del edificio al fantasma de mi niñez, quien aún no sabe que el futuro al que se dirige estará atestado de tecnología, pero para nadie será como el presentado en *Volver al futuro II*.

Para sobrevivir al desempleo del mañana hay que luchar contra el tiempo, cuidando en el proceso la comida ajena, mientras que las personas de la tercera edad no encuentran su lugar en una Ciudad de México en plena pandemia. Sin duda alguna, el futuro que estamos viviendo dista mucho de la alegría que nos ha vendido el séptimo arte.

Pero el deseo de soñar siempre estará presente. Es por ello que millones de personas alrededor del mundo no perdían la fe de que al llegar el 21 de octubre del año 2015 los autos y las patinetas volarían, los reactores nucleares funcionarían con basura y la pizza miniatura de hidratación instantánea revolucionaría la comida en familia.

Ya han pasado seis años y la única novedad futurista que tenemos es la de combatir un enemigo que no podemos ver. Sin duda, en pleno año 2021 nos encontramos muy lejos de vivir las increíbles aventuras de nuestros héroes Marty y Doc. Brown en compañía de su Delorean. Lástima que ni ellos nos puedan salvar de nuestro actual padecimiento.

15:19

Había llegado un nuevo pedido. La motocicleta nos guió a gran velocidad hacia una orden de seis tacos de carnitas en la colonia Polanco; inesperadamente

llegó un segundo pedido de cochinita pibil cerca de Parque Delta y un tercero de sushi en la Glorieta de los Insurgentes; tres órdenes en menos de cinco minutos. Con rapidez comencé a envidiar mi antigua calma; aunque las direcciones eran lejanas entre sí, mi amigo no las pudo rechazar, influido más por las consecuencias de la aplicación que por el apuro económico.

Primero fuimos por las carnitas y después enfilamos dócilmente hacia avenida Constituyentes para recoger la cochinita pibil; pero, como todo en la vida, nada sucede como uno espera. Por un motivo digno de *La dimensión desconocida* la dirección del sushi cambió, obligándonos a modificar nuestra ruta para transportarnos a Plaza Carso. “Entra tú por el pedido, porque si te piden mover la moto no vas a poder con todo”, me dijo Chon entregándome su celular con la orden en espera. Aún no lo sabía pero el inicio de mi infierno se debería a una razón: nunca había entrado a Plaza Carso. Pocos segundos después de cruzar el umbral de cristal, la simple tarea de ir por el sushi se volvió cardiaca cuando advertí la existencia de una cuenta regresiva indicándome que se estaba agotando el tiempo para recoger el pedido. Subí y bajé escaleras. Pregunté dos veces a los guardias de seguridad la ubicación del local, pero ninguno pudo ayudarme, mientras que un tercer guardia, ignorando mi pregunta, tan sólo me pidió que dejara de correr.

Parecía que, para mi mala suerte, el local no quería que lo encontrara. Además un elemento impidió que la pesadilla terminara: a pesar de que oprimí el botón para indicar que ya me encontraba ahí, la aplicación no respondió. De pronto el contador cambió maliciosamente a rojo; ahora me indicaba que el tiempo era negativo. “¡Qué locura!”, me dije sin dejar de correr al descubrir que las aplicaciones de comida a domicilio son más malvadas que el Sindicato del Crimen de DC.

Sudado y desesperado, sentí la mirada ajena postrarse sobre mí. La agonía que experimenté parecía representar una verdad innegable: los empleos tradicionales mexicanos como el zapatero, el tendero o el voceador han quedado cancelados para el grueso de la juventud que habita la ciudad por un simple motivo: los tiempos cambian y los oficios también. La vejez, símbolo de sabiduría y tranquilidad, pareciera estar en disputa con la juventud, imagen de la intrepidez involuntaria. La razón: no está de acuerdo con que sigan ignorando su futuro a gran velocidad sin temor a cansarse, pues los jóvenes creen que sobreexplotarse es sinónimo de realización personal.

Pero yo ya estaba cansado. Después de oprimir “Recoger el pedido” en la aplicación docenas de veces para que la sucursal no me cancelara, descubrí que el tiempo negativo se detenía manteniéndolo oprimido. Jamás había padecido tanto al recoger una comida. Después de que la tienda me diera el pedido, enfrenté el desafío de salir por donde había entrado. Mi motivación, poco amigable, era el tiempo que quedaba para entregar la orden; subí y bajé escaleras, pasé de largo al guardia que me había regañado,



hasta que finalmente encontré la puerta de mi salvación. La experiencia fue casi espiritual; un Ulises había entrado, pero no era el mismo Ulises al salir. La Plaza Carso se había apoderado de una parte de mí.

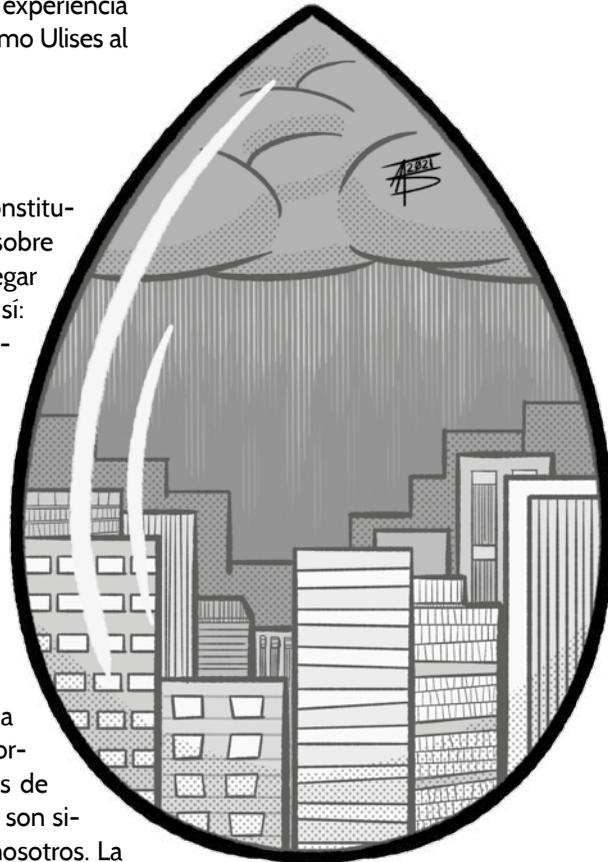
15:39

Circulamos velozmente por Paseo de la Reforma, avenida Constituyentes y debajo de Periférico, con su primer y segundo pisos sobre nuestras cabezas (o cascos); el tiempo que restaba para entregar los pedidos era poco, pero por fortuna no era negativo. Eso sí: sujeté la bolsa con recelo cada vez que Chon esquivaba los autos, los transeúntes despistados, el sol cegador que no nos dio tregua en una batalla contra el tiempo y la carburación, pues ya casi no teníamos gasolina.

Fue entonces cuando pensé en mi amiga Elena, una mujer en la que encontré a la adorable abuela que nunca tuve, dueña de un puesto de periódicos y revistas; con ella aprendí el negocio del voceador tradicional mexicano cuando aún no entraba a la preparatoria. Logró demostrarme que este oficio tiene un aura mágico, inadvertido para todos.

Chon frenó estrepitosamente dejando las marcas de los neumáticos en el asfalto. Evitó que nos impactemos contra una camioneta que se pasó el alto. Al reanudar el camino en este torbellino de velocidad y accidentes que suceden en fracciones de segundo, confirmé que con Elena la tranquilidad y la lentitud son sinónimos de un día productivo. Mala suerte para el resto de nosotros. La ciudad nos obliga a ir cada vez más rápido para llegar al trabajo, a correr si queremos alcanzar el vagón del metro vacío, a enfrentarnos diariamente en una eterna batalla contra el tiempo. Aunque al final, todos nos quedamos sin tiempo.

Pero Elena parece inmune a este efecto urbano. Los periódicos desaparecen al compás de las manecillas del reloj sin importar que no se muestren al público. Ella ya tiene sus clientes, quienes saben que siempre encontrarán lo que buscan. El esfuerzo que pone Elena al decorar su puesto con las revistas, cómics y periódicos es admirable, ya que a pesar de que tiene más de 70 años, su vocación no ha dejado de ser genuina. El trabajo del voceador es duro cuando tu fuerza flaquea, tus articulaciones duelen y no tienes quién te ayude. Los cómics y revistas de crucigramas de apenas 35 gramos cada uno se transforman en montañas inamovibles cuando se almacenan en cajas. Pero Elena empuja el diablito sin apuro en dirección a su puesto. Esto ha creado una rutina diaria donde la palabra *descanso* no existe. “Es imposible dejarlos aquí adentro. Antes lo hacía, pero mira, ya han querido abrirla varias veces”, me dice señalando la puerta metálica, donde es visible el doblez de un intento por arrancarla desde abajo, al mismo



Ariel Rubio. *Infancia y vejez 8*

tiempo que me muestra cuatro candados rotos. “No sé qué han de querer”, añade dibujando una sonrisa en su cansado semblante al mirarme detrás de sus lentes vueltos amarillos por el tiempo: “Aquí ya sólo dejo periódicos viejos”.

Después de acabar con los primeros dos pedidos, iniciamos la caza del tercero a alta velocidad, esquivando el caos urbano y arriesgando nuestras vidas con tal de que las carnitas no se quedaran sin dueño; fue entonces cuando recordé que después de ayudar a Elena a poner en orden su puesto, nos dedicábamos a leer los titulares de los periódicos. En ninguno de ellos faltaba la nota de un accidente vehicular; vivimos en una ciudad donde la tranquilidad acompaña a una adorable anciana que ignora que la velocidad empuja a la infancia hacia una vejez poco digna si su existencia está supeditada a que a alguien se le antoje pedir carnitas. Desafortunadamente el destino final de este camino de la velocidad a veces es un accidente que no tendría que ocurrir.

Elena es afortunada por no tener que basar sus finanzas en el hambre ajena; tranquila en su puesto, hojea los periódicos mientras el tiempo la ve pasar, transformándose, en el proceso, en mi mecenas intelectual. En aquel tiempo gustosamente me decía que no había problema si le pagaba después algunos cómics y revistas que en ese momento deseaba pero que no podía costear. Ella creyó en mi palabra y yo nunca la defraudé.

Ojalá que el cliente del pedido nos tuviera la misma consideración que Elena, pero nos reclamó porque llegamos tarde. Estoy seguro de que no se habría molestado si supiera que sus carnitas viajaron en una nube de sabor, grasa y smog a 60 km/h.

Sin muñeco, regalos o reyes... Una rosca sin infancia

18:34

Los pedidos se desbordaban con el avance de la tarde porque era Día de Reyes. El 6 de enero, desde la primera hora de la mañana, la ilusión se ofrece al por mayor. La emoción de la mayoría de los niños y niñas se incrementa; los juguetes que observan como suyos a los pies del árbol navideño son una prueba irrefutable de que, durante la noche, los magos de oriente visitaron su domicilio de 50 metros cuadrados.

A los más pequeños de la familia no parece importarles haber visto a sus papás codiciar las ofertas y descuentos en Juguetería, ni que ellos leyeran sus cartas para conocer “por curiosidad” lo que pedirán este año. El dulce velo de la infancia trae consigo la posibilidad de ignorar la realidad.

Pero en esta ocasión la pandemia obligó a las familias mexicanas a celebrarlo en casa. Los pedidos que recogimos delataban este hecho: los helados y las tortas se pedían en paquete infantil, mientras que las cajitas felices se apilaban como ladrillos en un muro; por primera vez el espíritu



de mi infancia no se emocionó al acudir en un día media docena de veces a los fabulosos arcos dorados. La razón: me dolía el trasero por pasar casi siete horas en el asiento de la motocicleta. Sin pedirlo ni saberlo, me convertí en un vehículo de la felicidad ajena.

20:34

Nos detenemos a recargar gasolina y a depositar en un OXXO parte del dinero ganado; esto es obligatorio, de lo contrario la aplicación no te ofrece más pedidos. Mientras los 100 pesos de mi amigo terminan de transformarse en gasolina, una camioneta se coloca a un costado de nosotros para saciar su sed con una dotación fresca de Premium; del asiento del copiloto baja una mujer para abrir la puerta de atrás con la intención de acomodar una rosca de Reyes entre el asiento trasero y el niño que iba sentado. “¿Cuándo vamos a comprar mi globo, ma?”, alcanzo a escuchar que dice con su helado casi derretido. La madre no contesta y se limita a cerrar la puerta, no sin antes tirar el helado a la basura. Es evidente que para el niño la rosca carece de valor si no ha cumplido la tarea de mayor importancia: entregar su carta a los Reyes Magos. Esta tradición, que se ha practicado desde la evangelización en la Nueva España, tuvo un cambio decisivo que obligó a los niños a actualizarse: los globos en la Ciudad de México estaban prohibidos.

El 4 de enero de 2020 inició una guerra entre los vendedores de globos y Melchor, Gaspar y Baltasar; en la cuenta de Twitter de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales se solicitaba a los niños y niñas de México no usar globos para enviar sus cartas de deseos. La causa de esta petición tiene, sin duda, una extraña mezcla de conciencia medioambiental y de lo mejor de la literatura fantástica: el elefante de Baltasar casi se ahogaba a causa de un “globito atorado en su trompita”. Eso hizo que me preguntara: ¿un elefante puede inflar globos? Parecía que el de Baltasar sí y casi muere en el intento; pero su preocupación se debía a otro factor mortal: el globo es el mejor viajero del mundo, y por ello puede salir de la ciudad y causarle la muerte a algún animal al caer en sus fauces. Sin necesidad de pasaporte recorre grandes trayectos, y no necesita presentar ningún signo de cansancio. 3156 kilómetros. Ésa es la distancia que puede recorrer un globo con helio. También es la separación que hay entre la Ciudad de México y Colombia. Quién fuera globo, quién fuera virus para trasladarse entre naciones tan silenciosamente.

22:04

El Día de Reyes es el epitome de la infancia mexicana, y a pocas horas de acabar aún conserva su magia. Yo no podía decir lo mismo. Me siento ofuscado, como si la ciudad me hubiera inyectado un poco de su propio caos. Aun

así, hacemos una parada en Parque Delta para recoger otro pedido. “El último”, me dice Chon mientras nos rodean repartidores de comida. Para algunos es la primera orden de la noche, y otros más están intentando recolectar todos los que puedan.

Mientras supero el malestar, veo a un niño visiblemente cansado recargado en una motoneta; al ver llegar a su padre con una bolsa de The Cheesecake Factory se pone el casco. En cualquier otro escenario representaría un elemento de felicidad, pues traería consigo la cena de Reyes, pero el padre la guarda en una maleta de Uber Eats mientras el niño coteja la dirección del pedido. La realidad lo alcanzó muy temprano: comenzó su vida laboral un 6 de enero. ¿Cómo recordará este momento cuando ya sea viejo?

Nunca lo sabré. Se aleja con su padre de la zona de descarga de Parque Delta. Chon no les presta atención al verlos pasar: “Que todavía no tienen hecha la comida”, me dice cancelando el pedido. Ambos nos encontramos cansados. Me imagino que el niño igual. No todos pueden tener el mismo 6 de enero; un niño le entrega a otro la cena que ha solicitado por medio de una aplicación capitalista. Este mismo escenario es la esencia de la Ciudad de los Niños, pero la vida real lo ha vuelto poco divertido.

Cuando me entero de que Chon aceptó otra orden, me siento como si hubiera recorrido con él toda una vida en 10 horas. Mi infancia se encuentra lejos al igual que mi vejez, y sólo me queda la juventud que me lleva adelante. ¿A dónde, exactamente? Espero que a un destino mejor. Pero antes de llegar a mi futuro debemos recoger un paquete en KFC. Como si fuera la cereza del pastel, esta inocente última orden nos adentra en otra batalla contra el tiempo: el celular de mi amigo ha decidido irse a dormir antes que nosotros. Ahora debemos dar con la dirección de la entrega sin conocer del todo hacia dónde vamos; esto nos obliga a deambular por las frías calles de una Ciudad de México que no es amigable con nadie en tiempos de pandemia... Pero éstas ya son palabras para otra historia. P

Ariel Rubio. Infancia y vejez 9





Cuando nací, mi madre tenía los mismos años que ahora tengo

ALAN VALDEZ

Mire, mijo, el patio de los vecinos.
Mire cómo han regado más las plantas que nosotros.
Mire cómo han cuidado la pintura mejor que nosotros.
Ya sabe que los domingos siempre aseó la casa.
Pa que queden bien, estos vidrios necesitan limpiarse con periódico.
Pa que así, estos dos ojos,
los únicos dos ojitos de este cuadro,
al menos por las próximas dos semanas
dejen entrar lo que yo ya no puedo.

¿Recuerda que no quisimos nunca abrir las demás ventanas
porque el sol del desierto
se comía los libros, y las fotos,
y en cierta forma
también nuestros años?
Hoy se limpian las tres habitaciones, la cocina y la sala.
¿Recuerda cuando comenzamos a poner sólo tres platos sobre la madera?

Usté y sus hermanos aprendieron a usar las piernas
en este pequeño pasillo.
Aquí usté dijo por primera vez mi nombre.
Aquí usté supo qué significa que alguien olvide el suyo.
Aquí también nos despedimos.
Aquí también iba un florero,
y un mueble que fue comido por las navidades y la polilla.



De pura suerte yo me he salvado del deterioro.
O eso le hago creer
cuando no quiero que me sepa vieja.

Nuestra casa, sí, tiene razón, es un cuadrado,
pero también son las flores que han sobrevivido al calor de junio,
y también son este frasco con sus dientes,
y también es el olor a pino que llega desde la otra banqueta.

Nuestra casa es café, y no porque ése sea su color.
Es café porque es un pequeño tronco
donde he grabado mi edad y sus edades.
Decir que es sólo un cuadrado
sería como decir que el invierno sólo es frío.

Aquí, al lado de este pequeño librero,
muy al principio estaba la televisión.
¿Se acuerda?
Cuando comencé a vivir sola en este cuadro,
que también es un tronco,
y que también son todos mis años,
decidí regalarla a los vecinos.
Ahora me conformo con ver por estas dos ventanas,
porque por ellas entra lo único que necesito saber del mundo,
y lo único que él necesita saber de mí.

Por cierto,
mijo,
ya que hoy aquí anda por aquí,
ayúdeme usted a limpiar por fuera las ventanas.
Cuide que no quede ni un rastro del polvo
de los otros días.
Cuide que no quede testimonio
de lo que yo, cada día un poco más, ya no puedo
conseguir con estas contraídas manos.

Por favor, mijo,
si no es molestia,
antes de que se vaya lejos de nuevo.
Y ya después,
si le sobra el tiempo,
almorzamos juntos.



Ya no hay fechas importantes

JORGE ORLANDO CORREA

Olvíde cómo atarme los zapatos durante mi último cumpleaños. De no ser por mis hijos, es un día que hoy no recordaría. Adrián y Andrea tienen una copia de cada llave de todos los seguros de mi casa. Abrieron la puerta del comedor y entraron sin mayor problema. Daba la impresión de que esperaban verse frente a lo que ellos consideran, como me han dicho, una situación triste. Algo similar a cuando me encontraron desnudo, sentado en la regadera, con un labio roto, un pómulo hinchado, mientras balbuceaba palabras sin sentido. Nada recuerdo de aquella escena, pero, como la mayoría de las cosas que ahora cuento, fue algo que ambos me platicaron luego de un par de días, de una semana, o dos.

La verdad es que no lo sé. De un tiempo hasta hoy, me he vuelto malo con todo lo que tenga que ver con números. Tampoco puedo asegurar que

📷 Sebastián Barriga. De la serie *Mundo, me has hecho cosas terribles pero yo jamás te abandonaré*



me lo dijeron ellos. Así que, de alguna manera, he logrado atar algunos cabos.

Esta vez me hallaron con las manos aferradas a los cordones de mis zapatos, sentado en el borde de un sillón de la sala, con la espalda inclinada hacia el frente y la mirada vibrante.

Después de colocar sobre la mesa una caja cuadrada envuelta en un papel tornasol, mi hijo se secó las lágrimas con uno de sus puños. Andrea, apoyando una rodilla sobre el suelo, se agachó para susurrarme:

—Papá, te estuvimos esperando.

Puso sus manos sobre las mías. Los pulgares presionaban el centro de mis palmas, el calor de su piel era tal que pude sentir unos pequeños latidos.

Solté los cordones.

Mis manos dejaron de temblar.

Ambos intercambiaron una mirada asintiendo con un leve movimiento de cabeza.

—Es lo mejor —dijo Andrea.

Adrián se volvió a secar las lágrimas. Hablaban de llevarme al asilo.



Entrelacé los cordones, le di vueltas a uno con el otro y tiré de ambos en dirección contraria: la forma del nudo se desvaneció al instante. Cerré los ojos y maldije en voz baja mientras Adrián decía que era tiempo de subir al coche.

Por unos segundos, frente al librero, me detuve a la altura del compartimiento de discos musicales. Entre ellos estaba el mío; es decir, el que había grabado. En su portada me encuentro vestido con una camisa floreada en rojos y verdes vivos, pantalón de manta, y con los brazos cruzados, de pie, sobre las tablas de un muelle en la Playa Coral. Mi cabello era lacio, me llegaba a la altura de los hombros. Dos estantes a la derecha, postrada en su marco, estaba la foto del pelotón 66 del noveno regimiento. Todos frente a un viejo tanque de guerra nicaragüense. Ahí ya no tengo el cabello lacio y largo. Ahí salgo a rape, con una ametralladora apoyada sobre el hombro derecho, sin gesticular, un pie sobre los engranajes de las llantas y el otro en el suelo.

—Si te las quieres llevar, las llevamos.

Andrea ya nos esperaba en el coche, con ambas manos al volante y el motor ronroneando. Mi maleta aguardaba en el asiento trasero. Con pasos en dirección a la puerta, hice saber a mi hijo que no quería llevarme las fotografías.

La mayoría usaba silla de ruedas. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Algunos jugaban partidas de dominó en una mesa blanca y rectangular. Cierra tu estúpida boca o nos vamos a morir. Mujeres con el cabello cano y hombres con los brazos canalizados a sueros que colgaban de percheros móviles veían una película en una televisión de pantalla plana. Prefiero que me den un tiro a ser torturado por días. Y un grupo más, con las manos sobre las piernas y los ojos cristalinos, sin parpadear, observaba el cielo y los jardines tras un vitral panorámico. Nadie decía una sola palabra.

Vestida de filipina y con el cabello recogido, la mujer que en la recepción dijo llamarse Valeria explicaba que ahora nos encontrábamos en el área de usos múltiples. Antes recorrimos los senderos del jardín, el comedor y los dormitorios.

Yo no prestaba atención a lo que Valeria decía. Por momentos, Adrián y Andrea me preguntaban:

—¿Qué te parece, papá?

Comandante, necesitamos refuerzos, ¿me escucha?, necesitamos refuerzos o nos matarán a todos.

Valeria colocó una mano en mi espalda para conducirme hasta la mesa en la que se jugaba dominó. Ese sujeto pisó una mina y ahora no tiene piernas. Volteé hacia Adrián y Andrea, pero habían desaparecido. Supuse que se encontraban pagando mi primer mes en la estancia.

—Él es Manolo —dijo Valeria—, ahora estará con nosotros.



Todos en la mesa tenían la piel traslúcida, como la de un recién nacido.

—Manolo Migraña, nunca lo hubiera imaginado.

Una vez vi cómo degollaban a un negro con una piedra.

El sujeto que me nombró dijo llamarse Carlos. Era calvo, con una cicatriz que partía su cráneo a la mitad y un sinfín de lunares en su rostro. Ya vienen los refuerzos, aguanten, aguanten, no se dejen matar. Intercambiamos una mirada. Él sonreía, yo no hice ningún gesto. Después de un par de carraspeos gritó o, al menos, intentó gritar con esa voz rasposa que se obtiene por tantos años en el alcoholismo:

—Tenemos entre nosotros a una celebridad.

Sólo tres personas dejaron las piezas de dominó sobre la mesa y voltearon a verme. Los demás, silenciosos, siguieron con la vista centrada en su juego. Dispara o no habrá mañana para nuestras familias. Creo que estaban sordos.

—A este hombre lo conocemos muy bien —dijo Carlos, dirigiéndose a Valeria, pero hacía segundos que ella se había ido. Entonces regresó la mirada a quien tenía al frente para iniciar una conversación.

—Roberto, ¿lo recuerdas? El Grammy Latino en el 88, un poco antes de que las calles se llenaran de soldados.

—Claro que lo recuerdo, “Perlas y gaviotas”. Carmen te lo puede decir. Bailamos sus canciones en el Sol Club. Fue triste para nosotros ver aquel lugar destruido.

—Dicen que fue una bomba.

Con las yemas de mis dedos índices daba golpecitos a mis sienes, como si estuviera mandando un mensaje en clave morse a mi cerebro, diciéndole: recuerda, recuerda cómo hacer el nudo.

Llevándose las manos a su esponjada y delgada cabellera teñida de un morado pálido, Carmen comenzó a dirigirme la palabra.

—Roberto nunca creyó que estudiamos la secundaria en el mismo salón, en el año 45, un poco antes del huracán. ¿Recuerdas cómo la ciudad se hizo un puñado de lodo durante meses?

Un vistazo me bastó para saber que no la reconocía.

—Manolo, no quiero ser indiscreto... ¿Es verdad que tú también fuiste a la guerra? —preguntó el viejo que se sentaba frente a Carmen, inclinándose su cara hacia mí y acomodándose los lentes. El grueso de los vidrios hacía que sus ojos lucieran como vistos a través de una lupa: enormes y dilatados. Su quijada, siempre abierta, nunca dejó de temblar.

Silencio, silencio, silencio, no hagan ruido. Con los ojos cerrados traté de recordar el momento en el que aprendí a atarme los zapatos: las cejas gruesas de mi padre, el iris de sus ojos negros; levantó su mano callosa, de nudillos sobresalientes, me apuntó con el dedo índice y dijo: “presta atención, que sólo te lo voy a enseñar una vez”. Fingió darme una cachetada: parpadeé, hundiendo el cuello entre los hombros. El lugar era la mesa de madera y redonda de la cocina, junto a la estufa. En ella hervía una olla de peltre. El cálido y cítrico aroma a especias me robó la atención. Su palma impactó contra mi mejilla: óxido sabor a sangre por dentro de mi boca.

—Sí, Manolo fue a la guerra —dijo Roberto—, es algo que leímos en una revista. Después de eso, nunca más volvió a cantar.

—Y en la televisión dijeron que se volvió loco.

—No sólo loco.

—Cállate, Roberto —dijo Carmen, llevándose el dedo índice a los labios.

—Manolo —dijo el de los lentes de fondo de botella y quijada vibrante—, ¿podrías cantarnos una canción? Puedes cantar aquella que habla de un cielo estrellado y la libertad.

—“Luz de arena”. A Carmen y a mí nos encantaba bailarla.

—Vamos, Manolo, cántala...

—Por lo menos el coro.

—¿Es verdad que también entraste al psiquiátrico?

—Roberto, que te calles con esos asuntos.

—O si pudieras cantar cualquier otra.

—¿Qué se siente ir a la guerra?

—Nos harías muy felices si la cantaras, nos harías recordar tanto.

—¿Qué se siente ver morir a tus compañeros?

—Manolo, te escuchamos.



—¿Qué se siente matar?

Por fin tomé asiento. Abrí mis piernas y me incliné lo suficiente como para que mi torso se colocara entre mis rodillas. Con las manos en las orejas, cerré los ojos. Pude escuchar el latido de mi corazón a través de mis palmas.

—Manolo, ¿qué te ocurre?

Era la voz de Carlos. Se escuchaba como los ruidos cuando te encuentras debajo del agua. El de los disparos es como tambores resonando a lo lejos.

Sentí el peso de una mano sobre mi espalda, debajo de la nuca.

Lo siguiente que supe fue que estrangulaba a Carlos con el cordón de uno de mis zapatos. Si les revientas la cabeza, no tienes que preocuparte por el resto del cuerpo. De su garganta salía un estertor, como el de un globo al desinflarse. Apunta, dispara, apunta, dispara, apunta, dispara, dispara, dispara. Voltearon a vernos hasta los que pensé que eran sordos y los que veían la televisión y el cielo. Hubo quienes se taparon los ojos y la boca. Nunca había visto tantos muertos, señor.

Lágrimas resbalaron sobre agrietadas y pálidas pieles.

Escuché la voz de Andrea decir:

—Papá, por favor, suéltalo.

—Por este mes puede estar en mi casa, pero ni un día más, mis vacaciones no duran tanto —dijo Andrea con los brazos completamente estirados y aferrándose al volante.

—Si lo mataba, no sé qué íbamos a hacer —contestó Adrián, como si no hubiera escuchado las palabras de su hermana.

Y fue ese momento en el que creí haber recordado cómo hacer el nudo: sostuve los extremos del cordón del zapato que aún conservaba, hice dos orejas de ratón, pasé una por debajo de la otra. Sólo me faltaba dar una última vuelta y estirar cuando la caja forrada con papel tornasol me bloqueó la vista.

—Ábrelo, papá —dijo Adrián—, estoy seguro de que te hará recordar viejos tiempos.

El nudo se deshizo.

Una vez que matas al primero, matas al siguiente, y el resto es como beber agua.

Solté el cordón para tomar la caja y dejarla descansar sobre mis piernas.

—Sí, ábrelo, yo misma lo escogí —dijo Andrea, guiñándome un ojo por el espejo retrovisor.

Apreté el botón de la puerta el tiempo suficiente como para que el vidrio descendiera por completo. La lluvia se escucha distinto aquí, como mi voz cuando estoy solo. El rugido del aire silenció las palabras de mis hijos. Con los ojos abiertos, gesticulaban, como quien intenta gritar mientras se ahoga. Tiré la caja por la ventana, el viento la absorbió y enseguida la dejamos metros atrás en el camino. Andrea detuvo el coche de tal manera que casi me estampo contra el asiento de enfrente. Adrián maldijo, llevándose ambas manos a la nuca. Los dos se voltearon a ver. Esta vez negaron con la cabeza.

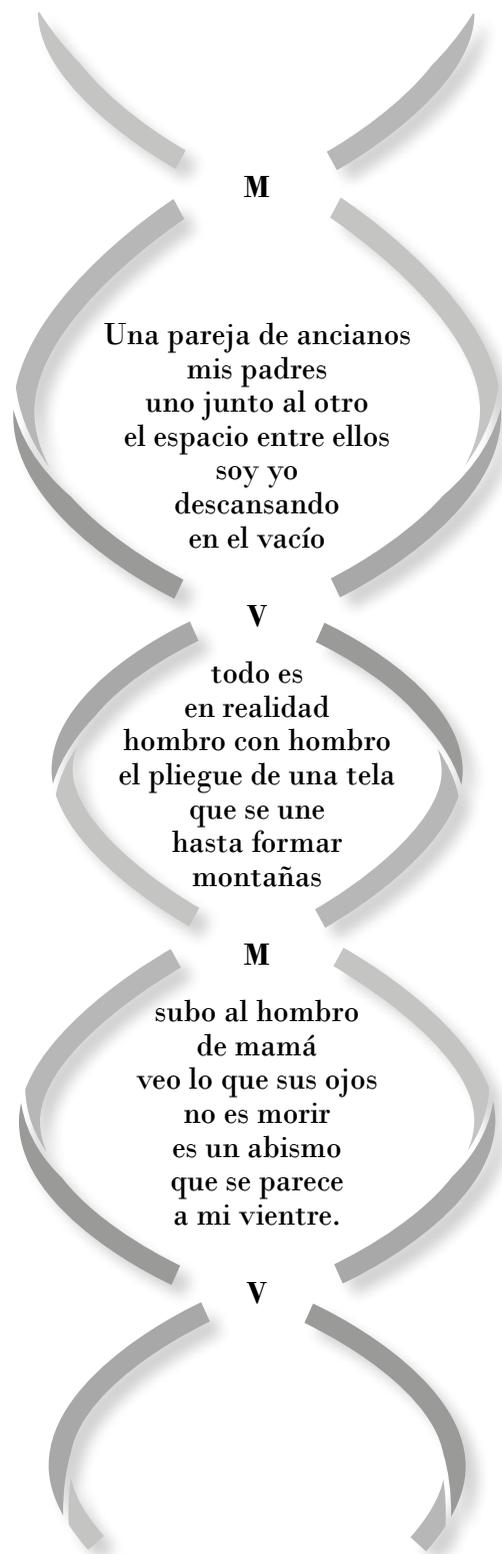
Transcurrieron segundos para que Andrea echara andar de nuevo el motor del vehículo. Las arboladuras se movieron ante mis ojos y yo me dispuse, una vez más, a hacer de forma errónea un nudo con el cordón de mi zapato izquierdo. Durante el resto del camino, nadie dijo ni una sola palabra.

Han pasado días de todos estos hechos. O, más bien, ocurrió el año pasado. Ahora valen más los gramos de plomo enterrados en sus cuerpos, que la vida de todos esos hombres. Lo que quiero decir es que aún no recuerdo la manera de hacer el dichoso nudo. El pelotón fue bombardeado: ningún sobreviviente. Lo olvidé durante mi último cumpleaños. Alguien me lo dijo. 



[M]

ANDREA GONZÁLEZ AGUILAR



M

Una pareja de ancianos
mis padres
uno junto al otro
el espacio entre ellos
soy yo
descansando
en el vacío

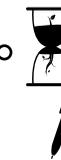
V

todo es
en realidad
hombro con hombro
el pliegue de una tela
que se une
hasta formar
montañas

M

subo al hombro
de mamá
veo lo que sus ojos
no es morir
es un abismo
que se parece
a mi vientre.

V



Levantarse un puño ajado contra la muerte

MATEO PERAZA VILLAMIL

1

Naciste viejo, dice mi madre, y sonrío. A lo largo del último año, juntos en el encierro, hemos pasado por diferentes etapas que podrían reflejarse en las edades de la vida humana. Fuimos niños asustados cuando se truncó la cotidianidad. Ahora somos adolescentes que miran la realidad con expectativa y con la firme certeza de que algo nos aguarda en el futuro. De que las luchas se ganan tarde o temprano, aunque terminemos llenos de cicatrices. De que en esta batalla somos un frente común e imparable. Por encima de todo: de que la juventud y la vejez son un modo —espiritual y mental— de asumirnos en la realidad.

Mi madre y yo sufrimos enfermedades durante la pandemia y las atendimos juntos, acompañándonos en nuestras consultas médicas: escuchamos las recomendaciones de los doctores, colaboramos sin tregua en nuestros procesos de recuperación. Ella enfermó y me volví una suerte de padre que le aconsejaba sobre cambios que benefician su salud: medicinas, ejercicio, buena alimentación, menos tabaco, horarios sensatos para descansar. Luego enfermé y volví a ser un niño con inseguridades, incapaz de encontrar la senda del sentido común en la noche de mi desesperanza. Mi madre

me sacó, pienso ahora, me ayudó a respirar de nuevo y a estar en paz conmigo mismo.

Cuando le comenté sobre un libro que leí, *Esperanza en la oscuridad*, de Rebecca Solnit, con base en el cual le referí que pequeños cambios nos obligan a evolucionar, queramos o no; que la esperanza está en la incertidumbre, es decir, en la oscuridad, y no en el foco que alumbra el centro del escenario; que la lucha es sobre abrazar la vida y no la muerte, me dijo “naciste viejo”, “tienes un alma vieja”. El comentario me puso a reflexionar sobre cómo bajo ciertos preceptos miramos la vejez como una virtud o una forma rotunda de demostrar nuestra experiencia terrenal e incluso metafísica. Bajo otra lógica, de carácter capitalista, las personas viejas son productos desechables, cargas insufribles y por quienes se deben pagar jubilaciones, aunque hayan abandonado su posición en la maquinaria imparable y destructiva que les arrebató todo, principalmente la oportunidad de vivir. Las miradas del poder, las cúpulas empresariales, asocian la vejez con la enfermedad, quizá por la cercanía con la muerte.

2

Ubasute es un término nipón que se refiere al abandono de los ancianos. De acuerdo con la leyenda —pues nunca se ha ratificado como una actividad común—, cuando los ancianos se volvían cargas en el antiguo Japón se les abandonaba en la cima de una montaña para que murieran por deshidratación o por las condiciones climatológicas. Y, aunque a nivel cultural se considera que los japoneses tienen un respeto solemne por los ancianos, actualmente una epidemia silenciosa es el llamado *kodokushi*, o muerte solitaria, en la que personas de mayor edad mueren abandonadas por sus familias en apartamentos diminutos y son encontradas



Brenda Pichardo Hernández. De la serie Eterna primavera en cuarentena

en niveles elevados de putrefacción. Según un documental que vi en YouTube, realizado por Rusia Today, muchas veces los hijos no se hacen responsables y el Estado los incinera para posteriormente introducir sus cenizas en cajas igual de diminutas. Asimismo, en Siberia la etnia Chukchi practicaba la muerte voluntaria: al considerarse viejos y enfermos, inútiles para trabajar, pedían ser asesinados por un miembro de su familia y preservar el honor. Los viejos de la comunidad indígena Crow, en Estados Unidos, se lanzaban hacia las aguas adversas en un viaje del que esperaban nunca volver. De esta manera la vejez se puede asociar al abandono y la falta de esperanza sobre el futuro, a la idea de que lo mejor es cerrar los ojos para no ser una carga.

O tal vez no.

En lengua maya, las palabras *nool* y *chiich* significan abuelo y abuela. Para esta cultura las personas ancianas cumplían papeles fundamentales. Tras superar los 52 años, momento en el que se les consideraba mayores, se veía a los ancianos como personas sabias e indispensables para el funcionamiento de la civilización. Su tiempo sobre la tierra les daba la virtud de ser consejeros, de conformar los cuerpos de los gobernantes, de officiar ceremonias religiosas. Eran, pues, las raíces del conocimiento. De ahí el interés de los conquistadores por exterminarlos: necesitaban mutilar la cultura desde su origen. Un amigo de origen maya me contó que hasta la fecha, en su comunidad, cuando alguien va a formalizar una relación de pareja, le preguntan: “¿Ya se lo presentaste a tus abuelos?”

En náhuatl, los llamados *huehues* eran consejos de ancianos que tenían injerencia en la toma de decisiones de tipo civil y criminal. Definida a secas como “viejo”, la palabra también se asocia a la sabiduría y la experiencia de los años. A través de la cultura huasteca se difundió la danza de los huehues, en la que se bebe pulque —el cual sólo podían tomar los viejos sabios— y se burlaban de los españoles.

En el artículo “En Japón la vida empieza en la tercera edad”, publicado por *El Universal* en el 2018, se narran los casos de personas mayores de 70 años que se revitalizaron en un punto donde por lo general sólo se vislumbra un fondo negro. Con más de 80 años, la

señora Masako Wakamiya se formó en computación y creó una exitosa aplicación para Apple; el médico Shigeaki Hinohara se mantuvo activo en su trabajo hasta los 100 años. “Después de cierta edad, debemos esforzarnos para contribuir con la sociedad”, dijo a los entrevistadores. Japón no sólo es una de las naciones con más ancianos sino también con los mayores índices de longevidad en el mundo. En la misma nota, el embajador de Japón en México, Yasushi Takase, dice: “El papel del gobierno es fomentar una sociedad donde cada uno pueda participar activamente, sin importar la edad”. Por el contrario, en México esto no ocurre gracias al apoyo gubernamental, sino al sentido de supervivencia: los viejos trabajan para apoyar económicamente a sus familias. Hasta el 2018 la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) reportó que las personas ancianas ocupan el 12% de la población total; de éstas (15.4 millones), el 41.4% dijo ser económicamente activo, muchos incluidos en el sector del trabajo informal.

En ese sentido, hay quienes nunca se rindieron. Susan Sontag, de 70 años, entregó sus últimos esfuerzos en combatir un cáncer fulminante mientras continuaba escribiendo, según su biógrafo Benjamin Moser. Paralizado por completo, Stephen Hawking murió a los 76 años sin detener sus labores de divulgación científica, vaticinando la llegada de los extraterrestres y comunicándose desde un aparato electrónico. El poeta chileno Nicanor Parra murió a los 103 años, pero antes escribió algunos versos sobre la vejez en el poema “Qué gana un viejo con hacer gimnasia”: “Viejo ridículo le dice su madre/ eres exactamente igual a tu padre/ él tampoco quería morir”. En 2019, tras rebasar la frontera de los 90 años, el brasileño Rubem Fonseca publicó *Carne cruda*, su último libro de relatos. A los 82 años, la canadiense Alice Munro escribió el cuento “Dolly”, incluido en *Mi vida querida*, en cuyo argumento una pareja de 71 y 83 años abandona la idea de suicidarse en un bosque con el fin de vivir nuevas experiencias. “Lo único que me preocupaba un poco es que se diera por hecho que en nuestras vidas no iba a pasar nada más. Nada que nos importara de verdad, nada por decidir”, reflexiona la narradora.



3

Francisco Torres Acevedo es el abuelo de mi amigo Josué Tello Torres. Nació el 4 de octubre de 1927 y vive en el municipio de Panabá, en Yucatán. Con 94 años de edad, continúa trabajando en el campo y la ganadería. Es propietario de ocho hectáreas de pastizales entre Panabá y San Felipe. Junto con su pareja, me cuenta Tello, criaron en el rancho a todos sus hijos; por entonces se dedicaban a la cacería, particularmente de venados.

Tello me mandó una foto en donde Francisco Torres aparece sin playera, comiendo una gelatina. Los músculos de su espalda parecen las estribaciones de una montaña, su cabellera, blanca y larga, es como el humo que brota desde el interior de un volcán.

“Todos los días, desde las 4:30 de la mañana, se levanta y toma un camión que lo lleva de Mérida a San Felipe, y que pasa por Panabá a las cinco de la mañana. Antes toma un café con mucha azúcar, come un pan y se pone su indumentaria de trabajo: botas de hule negras, un sabucán en donde guarda herramientas, una botella de agua. Si se le acaba, toma agua de cenote”, dice Tello.

“Ese camión lo lleva cerca del rancho, a donde llega a eso de las cinco y media de la mañana. El camión lo deja en la carretera y mi abuelo camina tres kilómetros entre brechas de monte. Después, camina los 800 metros de un sendero que da entrada al rancho. Ahí tiene una pequeña casa de material, con techo de guano. Se cambia de ropa y se pone la muda que usa para trabajar: por lo general la playera de un partido político”.

Francisco Torres revisa a las vacas y los becerros de su rancho; les da agua, comida. Como si fuera un reloj, comenta Tello, agarra su machete y un aparato para fumigar, y limpia hectárea tras hectárea, en un ritual cuya finalización puede tomar cerca de dos meses, y que realiza desde hace más de 25 años. Revisa, en cada sección, que estén bien puestos los cercos hechos con alambres de púas. Finalmente deja que los animales se acerquen para comer el pasto.

“Al mediodía regresa y recorre el mismo camino de más de tres kilómetros. Llega a Panabá cerca de las 12 de la tarde, come, duerme un rato, se baña y sale



Francisco Torres. Foto cortesía de Josué Tello Torres.

al parque a tomar el fresco hasta las cuatro o seis de la tarde. Entonces regresa y se pone a ver *baseball*: le gustan los partidos locales, pero en especial los Yankees y las grandes ligas. Cena y duerme entre las siete y las ocho de la noche. Esta rutina la ha hecho por más de 25 años. Pero sucedió algo: en el 2012 falleció mi abuela, y pensamos que mi abuelo se iba a venir abajo emocionalmente. Él no creció con ideas patriarcales, la amaba, nunca la maltrató. Según los testimonios de mi familia, se trata de un hombre ejemplar, pero introvertido. Puede pasar dos horas sin hablar, como si fuera una roca, y me cuesta sacarle las palabras. Cuando falleció mi abuela, dejó el rancho unos meses. Fue una dinámica distinta para adaptarse de nuevo. Temíamos que le costara recobrar el ritmo, pero lo logró a sus 85 años. Sin embargo, pasó tres años complicados por la muerte de mi abuela”.

Debido a la pandemia, Francisco Torres redujo sus visitas al rancho. De siete días a la semana va cuatro. Los demás días se levanta y desayuna a la misma hora y trabaja en su casa. Dice Tello: “En la casa hay un solar bien grande, con árboles, y los días que no va al rancho se pone a barrer y quemar las hojas, alimenta a los animales”.

¿Qué lo motiva para no claudicar a sus 94 años?, pregunto.

“Es difícil decir por qué no para. Y lo es porque no lo comenta. Ha dicho, luego de la muerte de mi abuela, que no tiene motivos para vivir, pero aun así continúa con su rutina. Viene de una familia longeva, tiene una hermana mayor que él”.

4

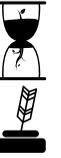
“Quiero demostrar que las personas mayores seguimos teniendo muchas ilusiones, muchas ganas de vivir. Lo hemos pasado muy mal, y hay gente a la que quiero animar a que siga con ganas de vivir. Vamos a intentarlo”, dijo en entrevista para *El País* Carlos Soria, de 82 años, el hombre con mayor edad en escalar algunas de las montañas más complicadas del planeta. Ahora busca ascender el Dhaulagiri, un macizo montañoso en la cordillera del Himalaya, y dedicarles su victoria a las personas mayores. “He perdido ya un año por la pandemia y no quiero perder otro. Necesitamos un patrocinador. Tengo 82 años y estoy en edad de riesgo, pero soy alpinista de toda la vida. Quiero intentar terminar mi proyecto. Yo voy a ir de todos modos”, agregó.

En el reportaje “La vejez desde la ventana. La población vulnerable en México”, escrito por Daniela Rea y publicado en *Gatopardo*, se consignan las historias de mujeres mayores que han trabajado toda la vida, aun durante la pandemia; trabajadoras del hogar cuya labor pocas veces es reconocida; personas mayores asediadas por la paranoia social que ha producido la COVID-19. El miedo a la muerte, una idea latente y difundida por la población en la que se asume que se dará preponderancia a las personas jóvenes por encima de las mayores. Escribió la periodista: “No todas las mujeres mayores con quienes platiqué trabajaron desde niñas o al menos no fuera de casa. O sería mejor

escribir: todas trabajaron desde niñas, aunque no todas lo asumieron o entendieron como un trabajo, sobre todo cuando éste se desarrollaba dentro de casa. Trabajar en casa para mantener la salud, la alimentación, la limpieza, la educación y la diversión, para mantener al padre que se iba a buscar el sustento o para crecer a los hermanos que seguirían los pasos del padre, era lo normal, una nacia y asumía que ése era su papel en la vida”.

5

Claudicar es una manera de ver el presente, de bajar los brazos, cuando lo necesario es levantar un puño ajado contra la muerte y resistir los embates del pesimismo. Podemos ser viejos en la juventud, rindiéndonos ante la adversidad y sin razones biológicas concretas. Podemos ser jóvenes en la vejez, aplicando una mirada positiva al futuro y con acciones que aporten a su construcción. Existe una lógica según la cual tras superar cierta edad nos volvemos incapaces de contribuir a la transformación social y política de nuestro entorno, como si la experiencia adquirida por los años no fuera un arma necesaria para luchar contra la repetición de las malas decisiones, como si las nuevas generaciones estuvieran sentenciadas a cargar con un futuro que no pudieron decidir, como si la vejez no fuera el estado más elevado de nuestro ciclo vital, pues cuanto más entendemos, más sabemos sobre el funcionamiento del mundo. La austriaca Marie von Ebner-Eschenbach escribió: “En la juventud aprendemos, en la vejez entendemos”. Y lo anterior se puede sumar al cierre de una de las novelas más emblemáticas de Hemingway, *El viejo y el mar*, que desde cierta óptica puede considerarse una reivindicación de la vejez. Tras un viaje en altamar repleto de frustraciones, Hemingway concluye la historia con esta línea enigmática: “El viejo estaba soñando con leones”.

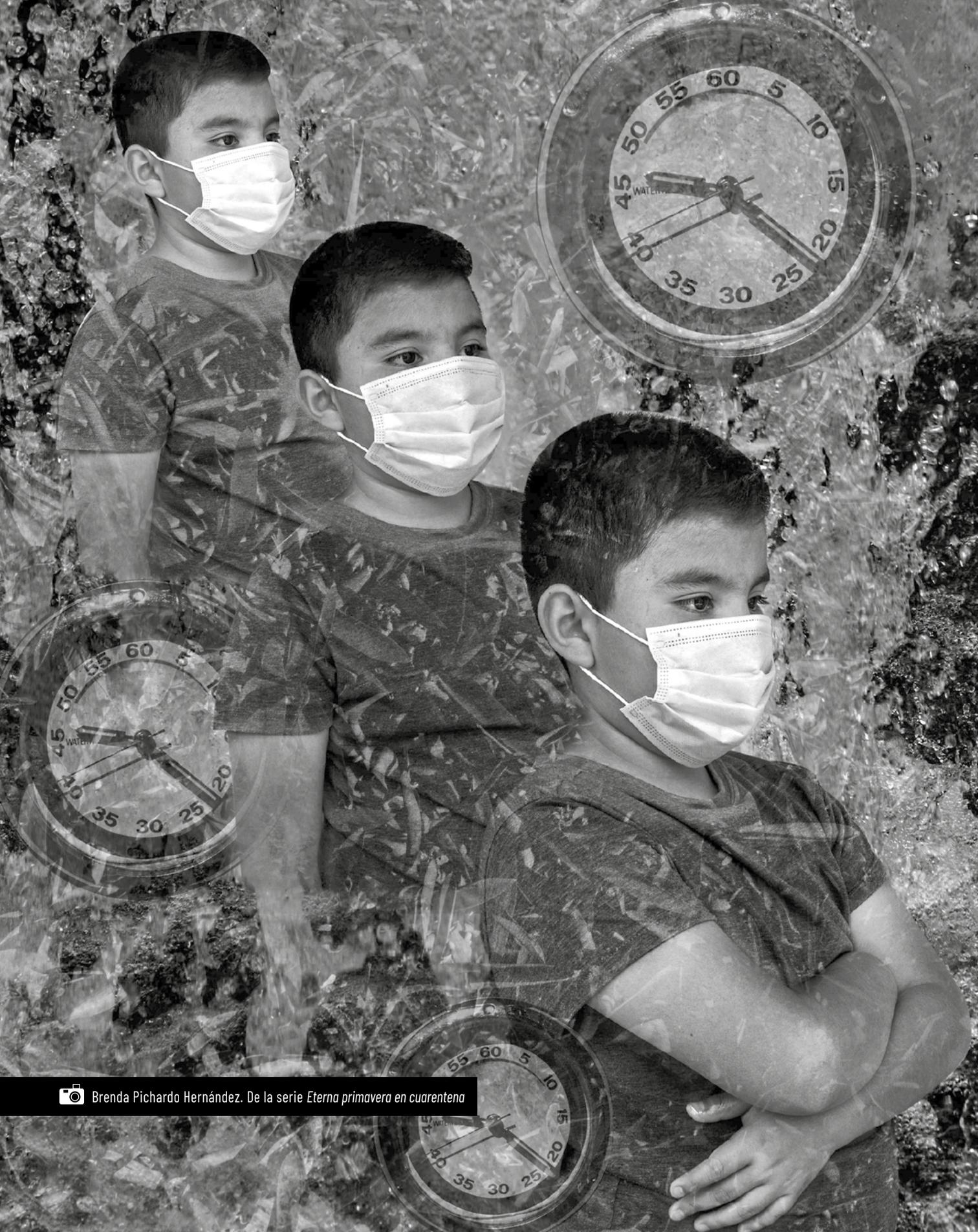


📷 Rosa Vázquez Jiménez. Mujer en procesión zoque. Esquipulas Guayabal, Rayón, Chiapas, 2015

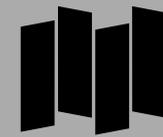
La venganza de la sal

XÓCHITL ESPINOSA PADILLA

Es inevitable
 nos va a tragar el mar
 dejarás de poseer las ruinas que sembraste
 tu *roof garden* será islote
 a lo mucho
 si sobreviven sus plantas y la altura
 serán libres tus albercas
 que al fin conocerán la sal
 los flotis serán su recuerdo más vergonzoso
 tus barcos serán las nuevas reliquias submarinas
 tanta grandeza, tanto lujo ahora descansa
 porque te robaste las ballenas
 y el agua es vengativa.



 Brenda Pichardo Hernández. De la serie *Eterna primavera en cuarentena*



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

CUMPLEAÑOS

HEREDADES

LUIS ZAPATA, MÁS QUE UN VAMPIRO

ENTRE VOCES

MAELEN: VEJEZ ACTIVA

BAJO CUBIERTA

ROMPER LA PENUMBRA

APUNTES DE UN HISTÉRICO SIN ÚTERO





Cumpleaños

CARLOS RUTILO AGUILAR

- I. Muerdo este pastel de sombras
que me regalan mis padres
cuando sueño que acarician mi frente de huérfano.
- II. Se apaga el relámpago de mis días marchitos
en estas velas de años cansados
donde sólo encuentro niños viejos en mi risa.



Ariel Rubio. Infancia y vejez 7

Luis Zapata, más que un vampiro

LUIS ROMANI

Descubrir el deseo y la sexualidad siempre es un camino en diáspora. Público, porque ante los ojos de todos es algo que debe ocurrir con naturalidad, y clandestino, ya que sólo uno mismo sabe lo que ocurre en su cabeza. Es una búsqueda íntima, solitaria, similar a la lectura. El acto sucede a la vista, pero el tesoro hallado siempre es privado.

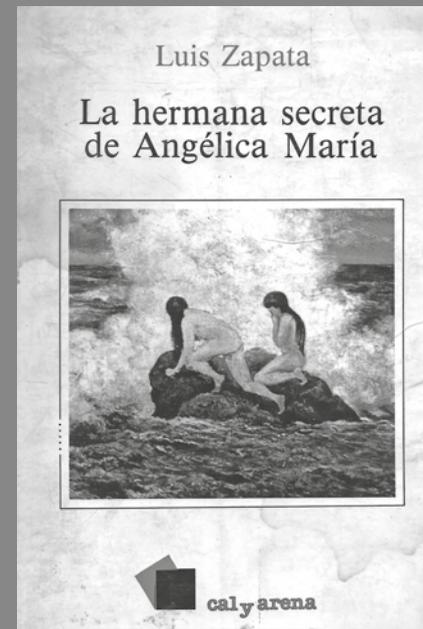
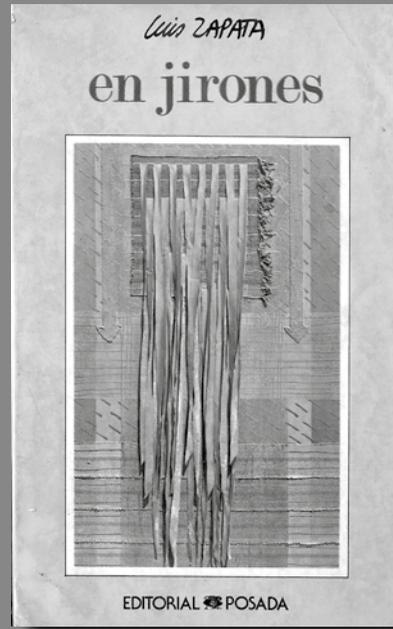
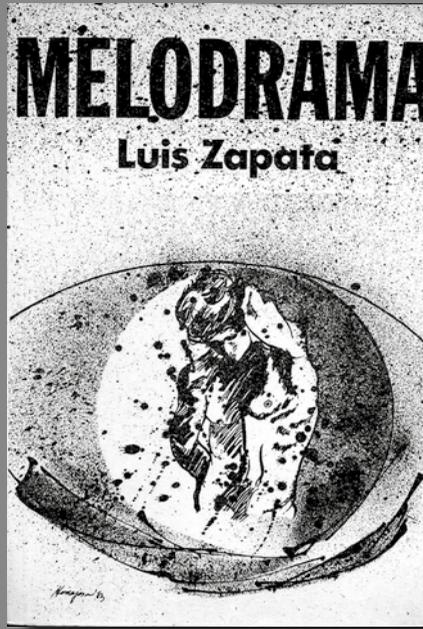
En ese sentido, leer los libros de Luis Zapata en los pasillos de la facultad significó volver a la adolescencia; a ese maravilloso calvario en el que las preguntas cosquilleaban en el cuerpo y ningún libro me decía lo que estaba buscando. En la universidad las respuestas llegaron, como ha ocurrido desde la antigüedad, en forma de relato. Las anécdotas personales, que se volvían experiencias comunes envueltas en pasta blanda con hojas amarillas, estaban disponibles sólo en la biblioteca universitaria, lugar donde se preservan los escasos ejemplares de uno de los más prolíficos autores que ha dado México, y que las editoriales dejaron de reproducir.

Leer los libros de Luis Zapata (México), Manuel Puig (Argentina), Reinaldo Arenas (Cuba) y José Donoso (Chile), ese otro boom latinoamericano de autores homosexuales con obras atrevidas y algunas netamente gays, fue hallar de nueva cuenta la flor abierta de mi pubertad atrasada. Los pétalos al fin hablaban, no para describir su anatomía, sino para compartir juntos el hedor de su perfume.



Cortesía de Patricia Aguirre

Luis Zapata Quiroz nació en Chilpancingo el 27 de abril de 1951 y falleció un fatídico 4 de noviembre de 2020 en la ciudad de Cuernavaca, durante un mundo encerrado en el que las libertades individuales, como antaño, han vuelto a estar en tela de juicio. La obra entera de Zapata casi siempre es catalogada como subversiva y fundacional en cuanto a la temática gay o LGBT se refiere, y lo es. No voy a decir que *El vampiro de la colonia Roma* (1979) fue el primer libro homosexual escrito en México, los datos nunca serían precisos. Antecedentes como la censurada *La estatua de sal* de Salvador Novo (escrita en 1945, pero publicada hasta 1998) o *El diario de José Toledo* de Miguel Barbachano Ponce (1964) o los sugerentes artículos de Carlos Monsiváis demuestran que, a pesar de que la literatura gay hizo su debut oficial durante la década de los setenta (debido también a la fuerte influencia de los movimientos sociales), desde principios del siglo XX varios escritores buscaban la representación. No de un gremio, sino de sus historias.



Por ese motivo, una de las tantas cosas que hay que agradecerle a Luis Zapata es que su bellissimo y astuto Adonis García vino a reformatear la vieja tradición de la jota literaria mexicana, la del disimulo. El pícaro vampiro llegó para decir, con obviedad e hipérbole, que las historias también podían ser descaradas, sucias, corrosivas, locas, apasionadas y divertidas como todo lo bueno en la vida, y no había necesidad de justificarlas por nada. La vergüenza se transformaba en juego. El clóset de vitrinas al fin había sido abierto.

II

Luis Zapata es un autor que ocupa un lugar destacado en la narrativa hispanoamericana; incursionó en todos los géneros literarios y su producción abarca desde finales de los setenta hasta bien entrado el siglo XXI; incluso, su último libro *Autobiografía póstuma* (2014) fue publicado en la década pasada.

Como novelista, dramaturgo, cronista, ensayista y cineasta siempre iba a punta de vanguardia y transgresión, no sólo por la temática y el fondo de sus obras, también por la forma con la que las dotaba: la estructura dialogada, el ritmo cinematográfico y vertiginoso, la com-

posición teatral, el homenaje a las leyendas del cine, la parodia de las fórmulas de la literatura clásica, el oído para el lenguaje coloquial, el lenguaje artificioso, la comedia, la tragedia, la novela rosa, la radionovela. En sus libros sobresalen las mujeres opulentas y los gays complejos, lejos de los estereotipos ofensivos impuestos por la cultura anterior. En el territorio de Zapata, los homosexuales son amantes, estrellas, sabandijas, efebos, empresarios, viejos, masculinos o afeminados, pero nada de eso impide que sigan siendo personajes poderosos y profundos. Sus historias, sin dejar de divertir o conmover, cuestionan la doble moral de la sociedad, el clasismo, el desencanto de la juventud, las pasiones desgarradas, los apetitos ilícitos de una ciudad de carne y hueso que bajo el manto nocturno se transforma en un Olimpo con los deseos al aire. Lo novedoso de sus propuestas, aspecto difícil de mantener a lo largo de 40 años de carrera, nunca cesó.

Fue en la novela, su género más fecundo, donde Luis Zapata explotó al máximo sus habilidades para la ficción. *El vampiro de la colonia Roma* no sólo es la reinención de la picaresca a través de las desventuras de un gay prostituto, también se trata de uno de los primeros *bestsellers* mexicanos modernos rompedor de

paradigmas. En la gigantesca *En jirones* (1985) explora los abismos psicológicos del amor y el frenesí de la ruptura. En *Melodrama* (1983) impone su propio género, cínico y seductor, hoy día asociado únicamente a las series de televisión. Y por supuesto, en *La hermana secreta de Angélica María* (1989), mi libro favorito, ofrece al país la primera novela protagonizada por un personaje hermafrodita a manera de película de crimen; y así entre muchos otros títulos de su vasta obra que, desafortunadamente, en la actualidad deben rastrearse en librerías de segunda mano.

III

Nunca tuve la oportunidad de conocer personalmente a Luis Zapata; el verdadero rey Luis o el rey vampiro, como lo han llamado. Lo que sé de él ha sido por sus libros, las reseñas, los artículos, las tesis y las decenas de entrevistas de los que sí tuvieron la dicha de entablar conversación con él. Dicen que era un autor depresivo, de voz amable, no le entusiasmaba firmar libros y tampoco le agradaba mucho la etiqueta de "literatura gay". Para la crítica, como categoría de análisis, es comprensible la clasificación, pero en la práctica, para el otro oficio más

viejo del mundo, las etiquetas sólo sirven para señalar anaqueles en una librería.

En 2019 tuve la fortuna de conocer a Pablo Simone-tti, escritor chileno también destacado por su obra de "temática LGBT"; al preguntarle su postura al respecto de la polémica me contestó: "la literatura gay sí existe, pero es una definición, no un género". Eso significa algo más que un tema o una historia, más que la presencia de unos personajes torcidos con sexualidad libre. Se debe comprender que lo que se escribe siempre está dentro de la cultura gay. Más allá de una retórica bombástica. Es una tradición literaria descendiente, en parte, de las revoluciones sociales con sus movimientos ultramanerados y rabiosos hechos desde el margen para llamar la atención y gritar al orbe: "¡joye, existo!". Y, por otro lado, *nuestras* historias son siempre narradas con la cosmovisión de que sólo un *gay*, *joto*, *choto*, *marica*, *puto* posee una sensibilidad tremenda, una labia vulgar y barroca, y un ágil sentido del humor para combatir la desgracia de querer ser en el mundo.

En ese sentido, leer a Luis Zapata, Luis González de Alba, José Joaquín Blanco, Carlos Monsiváis, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Abigael Bohórquez, Reinaldo Arenas, Virgilio Piñera, José Lezama Lima, Senel Paz, Pedro Lemebel, José Donoso, Manuel Puig, Gustavo Álvarez Gardeazábal, Fernando Vallejo, Mario Bellatin, Pablo Simonetti, Alfonso Sánchez Baute y John Better, entre muchos, muchos otros cuyas obras son muy difíciles de conseguir en casi cualquier soporte de lectura, es volver a salir del clóset en Latinoamérica. Pero esta vez de colmillos, mucha pluma y cola de lagarto.

El año pasado se despidió de este mundo un escritor grande, ícono para la comunidad, parteaguas y referente de la época. Nos deja un legado de historias maravillosas, emotivas, experimentales, y una generación de autores que ya escriben, sin titubeos, los nombres de un amor que hasta ayer los quemaba. Luis Zapata no es sólo un Adonis García, es un Álvaro, Alba, Alexina, un Alex, Axel, un Sebastián y su A., una Patrona y su Tacha, un Zenobio y tantas personalidades que seguirán viviendo en las cientos de páginas que lograron la comunión de la literatura, el mito, el lenguaje, la ciudad, el cine, la radio y la estética para traer desde las cloacas el disfrute de una identidad. P



Maelen: vejez activa

KARINA FELICIANO LÓPEZ

Fotografías cortesía de Melissa Ortega

De acuerdo con el INEGI, la población de 60 años y más pasó de 9.1% en 2010 a 12.0% en 2020. En México hay aproximadamente 15 millones de adultos mayores. **Maelen** es un proyecto social que promueve la vejez activa y ayuda a este sector a generar ingresos extra mediante talleres interactivos vía Zoom. Está coordinado y sustentado económicamente por Melissa Ortega, creadora del proyecto, María José Álvarez e Iván Hernández, y cuenta, en promedio, con 20 profesores. Las aportaciones y donaciones recibidas por parte de los alumnos son íntegras para estos últimos. Actualmente hay cuatro clases semanales fijas: dos de canto a cargo del profesor Misael, una de danza folclórica liderada por la profesora Lulú, y una de corte y confección a cargo de la profesora Elsa. Algunas semanas hay clases de profesores recurrentes como Rosi y Carlos, que enseñan panadería, o de la profesora Ale, quien da clases de cocina.

Cuéntenme de ustedes, ¿cómo nació el proyecto?

María José Álvarez (MJA): Yo vivo en Monterrey, me enteré del proyecto a través de una publicación de Melissa en un grupo de Facebook. Me inscribí a una clase, y aparte le envié un mensaje a ella para decirle que me gustaba y me interesaba mucho el proyecto y que, si necesitaba a alguien en Monterrey para que creciera, yo estaba dispuesta a unirme. Y dio la casualidad de que acá había personas buscándola para que sus familiares adultos mayores dieran clases. Todo encajó muy bien.

Melissa Ortega (MO): *Maelen* nace de la pandemia, de un sueño y de un homenaje. Tuvo que ver que me gradué en junio del 2020, justo en la pandemia, y me di cuenta de que conseguir trabajo era difícil. El sueño fue que personas transmitieran sus conocimientos. Esto va de la mano con el hecho de que mi abuelita ya no se encuentra físicamente con nosotros desde hace tres años, y el proyecto se llama como ella: María Elena es *Maelen*; siempre fue una persona que quería enseñar y aprender. Yo empecé juntando a cuatro adultos, y pregunté a personas conocidas si estarían interesadas en estas actividades, me dijeron que sí, y fue así como se inició *Maelen*.

Al inicio sólo era yo, después se incorporaron Marijé e Iván. Me gusta recalcar que el proyecto no es mío, es de las personas que creen en él, que se inscriben a las clases. Las primeras veces eran complicadas porque yo no sabía cómo iban a depositar ni cómo iba a ser la logística en Zoom. Tenemos profesores que ya han sido vacunados, por suerte. Actualmente el proyecto se encuentra en el Estado de México, en la CDMX y en Monterrey. Nos preguntan mucho cómo seleccionamos a los adultos; no los seleccionamos, al adulto que quiere ser profesor le damos carta abierta, le preguntamos qué le gustaría enseñar, empezamos con la dinámica y hacemos una lista de materiales para hacerles llegar a todos los alumnos.

Se dice mucho que las y los adultos mayores tienen menos familiaridad con la tecnología. ¿Cómo ha sido su experiencia?

MJA: Nos ha tocado de todo, desde adultos mayores que nos contactan por su cuenta a través de sus redes sociales, porque nos encuentran y les interesa, hasta hijos, sobrinos o nietos que nos mandan el mensaje. Al inicio de la pandemia nosotras íbamos a sus casas, llevábamos

M A E L E N

Promoviendo una cultura de envejecimiento activa

INSCRÍBETE A LAS CLASES DADAS POR ADULTOS MAYORES POR MEDIO DE LA PLATAFORMA ZOOM

55-33-39-00-27

Maelen

soymaelen

los materiales, y con nuestra computadora o celular grabábamos las clases; pero a partir de diciembre, que fue la segunda curva de la pandemia y que la situación estuvo crítica tanto en el Estado de México como en Monterrey, empezamos a dar la opción de que un familiar grabara las clases.

¿Qué ha sido Maelen para las y los profesores?

MJA: Hay varios que profesionalmente se dedicaban a alguna otra cosa, y ahora que tienen esta oportunidad de recibir dinero de una manera distinta y retomar algo que les apasionaba desde hace 5, 10 o 18 años se dan cuenta de que nunca habían pensado que podían enseñar, o de que eso que aprendieron cuando eran un poco más jóvenes sigue presente, lo pueden compartir y puede ser redituable.

Por ejemplo, la profesora Lulú trabajaba en el sector de turismo, y a partir de la pandemia su trabajo se vio afectado porque la gente ya no viajaba, y tampoco podía acudir al centro turístico en el que tenía grupos. Ella dice que a partir de dar clases, de convivir con gente más joven y nueva siente la emoción, las ganas de vivir y de retomar algo que le apasiona; es un nuevo motor, algo que hace que quiera seguir haciendo cosas. Muchos profesores nos comentan que no sólo es la situación económica, sino que también el hecho de estar conviviendo, platicando y conociendo gente nueva es un gran

apoyo para ellos. Sobre todo en pandemia, cuando han sido uno de los grupos más vulnerables y afectados.

¿Hay alguna experiencia que haya sido representativa para ustedes?

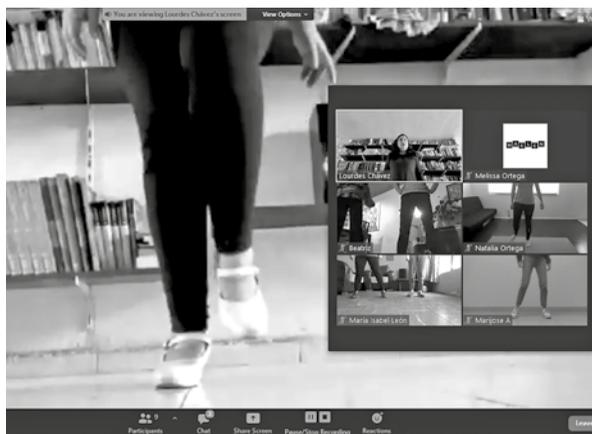
MO: Todas las sesiones fluyen, en todas se echa el chisme. Para mí la más representativa fue la primera clase, sobre cómo preparar arroz y pollo. Yo no sé cocinar, entonces era una alumna indirecta porque estaba viendo a la profesora y me sorprendía cómo le hacía para no quemarse. Igual con Lulú: estábamos en su casa y se le acabó el gas, entonces en ese momento prendió un anafre y leña. Otra cosa que me marcó fue grabar en un lugar abierto, sin techo, a la luz de un foco en la falda del cerro. Y manejar un poco lejos con tal de que la gente tuviera su clase. También el acercamiento de medios fue impresionante; algo estamos haciendo bien que nos están volteando a ver. Por último, me emociona tener alumnos no sólo de México, sino mexicanos que no radican aquí. La tecnología hace que, aunque estemos lejos físicamente, estemos cerca virtualmente. Hay profesores que han tenido alumnos en República Dominicana, París, Noruega y Estados Unidos. Es increíble porque cuando le dices al profesor que lo están viendo de tal lado se sorprende, es un logro para ellos y para nosotros porque estamos llegando más allá.

MJA: En mi caso la primera clase que me tocó grabar en Monterrey fue con la señora Ale, para aprender a hacer lasaña. Durante toda mi infancia mis abuelos maternos me recogían del kínder o la primaria los viernes, y yo me quedaba en su casa hasta los domingos en la tarde porque amaba convivir y vivir con ellos. Entonces volver a tener esa experiencia de ir a casa de una señora que era abuelita, verla cocinando, que me diera de comer, platicar y que me preguntara de mi vida, fue muy bonito. Siento que muchos profesores tienen este amor por la vida, esta empatía y sensibilidad que transmiten en todo lo que hacen, en todas sus palabras, aunque seas un completo desconocido te tratan con amor. Recuerdo que salí súper feliz, sintiéndome parte de la familia de la señora Ale.



¿Cómo ha sido el recibimiento del proyecto? ¿Cuáles han sido las clases más exitosas?

MO: Creo que ha sido positivo. Las clases que más llaman la atención son las de panadería. Los comentarios en las encuestas son “me sentí como si estuviera hablando con mi abuelita” o “sentí como si estuviera ahí echando el chisme”. Está increíble porque se convierten en alumnos recurrentes que dicen a lo mejor no me gusta el canto, pero le voy a dar una oportunidad. Lo más padre es que lo recomiendan. Ése ha sido uno de los factores que nos ha ayudado, porque no hacemos publicidad pagada, nuestros seguidores y publicaciones son orgánicos. Yo creo que ahí se está viendo el crecimiento. Hubo un pequeño *boom* en Twitter, de repente empezaron a subir seguidores y no nos dábamos abasto para contestar mensajes.



¿Cuáles son los retos que Maelen ha enfrentado?

MJA: Al principio la convivencia era un poco difícil porque, por ejemplo, en las clases de panadería se conectaban 40 personas y todas querían decirles al mismo tiempo a los profesores, la señora Rosi y el señor Carlos, “mi masa no se ve como la de usted” o “me quedé atrás”. De repente se hacía un revoltijo enorme de voces, y el señor Carlos no se daba abasto porque intentaba avanzar, pero se tenía que detener a ver la masa de



alguien, y hablaba otro al mismo tiempo, entonces ya no veía el vídeo de la persona que lo estaba mostrando. Poco a poco hemos aprendido y mejorado la manera en la que llevamos las clases. Ya tenemos una imagen que dice: “Favor de estar con el micrófono apagado. Si quieres hablar levanta la mano o escribe por el chat. Revisa que nadie esté hablando”. En las últimas clases de cocina que tuvimos ya se puede preguntar y hablar de manera ordenada, así todo el mundo puede avanzar bien.

MO: También cambiamos la forma de nombrar a nuestros integrantes. Antes los presentábamos como “adultos mayores” y ahora como “profesores”, porque están enseñando algo que es importante y en lo que tienen mucha experiencia. Seguimos aprendiendo y tomando en cuenta todos los consejos que nos han dado.

¿Cómo ha influido esta experiencia en su vida y en su proyecto profesional?

MO: Principalmente porque sé que no estoy cambiando la vida de los profesores, ni empoderándolos, les estoy dando una herramienta para que ellos muestren lo que saben. Nunca se me va a olvidar la vez que presenté el proyecto a Juanita, una de nuestras profesoras, y lloró. Me dijo: “gracias por acordarte de nosotros. Siempre nos tratan como basura, como lo último, para hacer montón”.



También al hacer consciente que ellos siguen siendo útiles, siguen teniendo la vida por delante, como dice nuestra profesora Lulú de danza: “no es que llegue a los 60 y ya no sirva”. Me cambió la vida porque me hace ver las cosas de manera diferente, querer ser como ellos, envejecer activamente, seguir aprendiendo y conociéndome, como lo hacía mi abuelita, que iba a sus clases, salía de fiesta...

El proyecto por ahora está virtualmente, y es mi proyecto de vida. Sabemos que nos queda un gran camino, que vamos comenzando, pero tenemos en mente seguir adelante, hacerlo presencial, estar en escuelas, que los niños aprendan que no nada más es ir al asilo,



visitar a los adultos mayores y dejarles cobijas, sino que nosotros podemos aprender todo tipo de cosas de ellos y reconocer lo que saben.

MJA: También me concientizó mucho y me hizo ver diferente a los adultos mayores. En las empresas en las que he trabajado, a personas muy jóvenes, que estaban en la cúspide de su carrera profesional, las obligaban a retirarse a los 53 o 55. A tus 55 o 70 años sigues siendo un ser 100 % funcional y útil. Todos nuestros profesores tienen las capacidades físicas e intelectuales para dar las clases, tienen muchísimas ganas de vivir. Realmente les hacen falta oportunidades, por eso es muy necesario incluirlos y asegurar que su calidad de vida sea excelente. Cuando yo sea adulta mayor quisiera conservar un empleo o seguir estando en sociedad, conviviendo.

Siempre había sentido la necesidad de que mi camino profesional dejara algo, aunque sea chiquito, y sentía que mis trabajos nunca llenaban esa parte. Por más que estuviera aprendiendo y trabajando en algo interesante, no me sentía totalmente conforme con mi vida hasta que empecé con *Maelen*. Creo que todavía es un proyecto chico, pero tal vez en dos o tres años podría ser mi trabajo de tiempo completo, esto puede crecer a un grado en el que sean muchísimas personas involucradas y beneficiadas. Los cambios no sólo los vemos en el profesor, muchas veces también en cómo los hijos y nietos se integran, vemos cómo las familias se van transformando: los nietos conviven y van a la casa del abuelito cuando da la clase, o los hijos, que son los que ayudan a grabar, están ahí presentes. Aunque sean cambios chiquitos, creo que están generando algo positivo en la vida de muchas personas.



Romper la penumbra

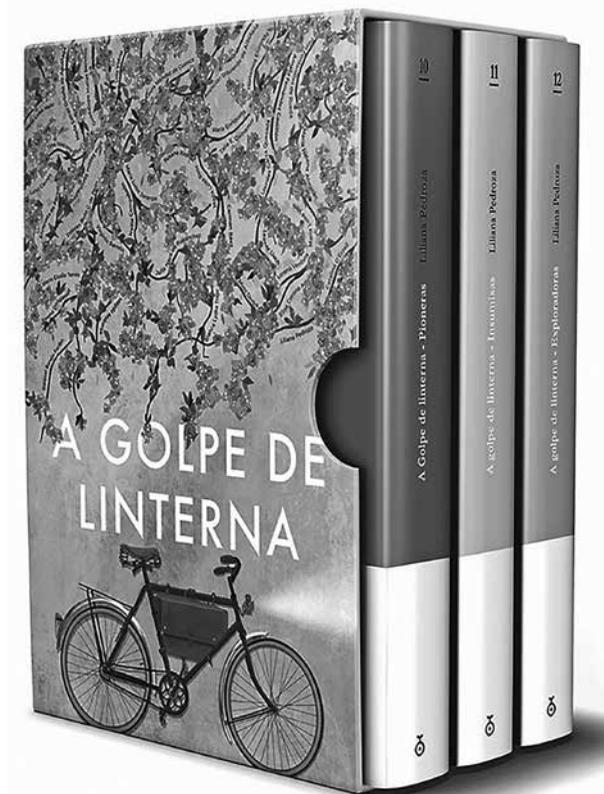
LUISA VALENZUELA

¿Cuál fue el primer libro de cuentos escrito por una mujer en México? La respuesta es algo que no suele conocerse.

El trabajo de Liliana Pedroza, escritora e investigadora nacida en el norte de México, ha hecho eco, desde hace un tiempo, tanto en la academia como en los lectores. Después de seguir su trabajo desde hace años puedo decir que la considero una investigadora apasionada, pues una vez que encuentra un hilo suelto no lo deja ir hasta conocer el nudo de origen. Un claro ejemplo es el trabajo que ha realizado en torno a la figura de Elena Garro —a quien en sus inicios dedicó investigaciones excelentes, que abrieron la puerta a todo aquel que fuera tocado por la chispa garrística— con el libro *Andamos huyendo, Elena*, un pilar fuerte para lo que se ha construido en los últimos años respecto a la escritora. Y su proyecto más reciente no es distinto.

Es así como llegamos a su nueva antología *A golpe de linterna. Más de 100 años de cuento mexicano*, publicada por la editorial Atrasalante, y que en su totalidad contiene poco menos de 1 000 páginas divididas en tres tomos. En ella, Pedroza se encarga de reunir cuentistas de los siglos XX y XXI que provienen de diversos estados mexicanos. Hay algunas voces nuevas, otras ya conocidas, algunas de ellas mujeres que en su momento no tuvieron el reconocimiento que merecían o que simplemente no fueron tomadas en cuenta por quienes han hecho otras antologías del cuento mexicano.

Esta reseña rasga la zona cero de una problemática que nos alcanza hasta la época actual: la marginación sistemática que ha tenido la literatura escrita por mujeres en nuestro país y en nuestra historia literaria. ¿Qué sucede si ponemos en una balanza, por un lado, las obras escritas por hombres,



Liliana Pedroza.
A golpe de linterna. Más de 100 años de cuento mexicano.
 Tomos I, II y III.
 Atrasalante.
 Monterrey, 2020, 278, 295, 317 pp.

perfectamente conocidas, citadas y repetidamente homenajeadas, y del otro lado las escritas por mujeres, que contienen el mismo ingenio e innovación?

La respuesta es muy sencilla: simplemente no lograremos encontrar una cantidad equitativa de obras escritas por mujeres en los programas educativos, ni siquiera mencionar que hayan alcanzado un reconocimiento mayor por diversas instituciones literarias que legitiman el canon de la época, lo que en un futuro ocasionaría que estos textos desaparecieran sin dejar rastro. En *A golpe de linterna* vemos el esfuerzo por recuperar los nombres y textos que de otra forma habrían sido olvidados por factores como el género de las autoras, la temática de sus obras o —debido al centralismo generalizado que sigue afectando el ámbito cultural de nuestro país— por el origen regional de sus publicaciones.

Al hojear la antología notaremos que está dividida por décadas; sin embargo, no es un recurso que se utilice de forma rotunda o estricta. En el primer volumen, *Pioneras*, se reúnen obras que van desde 1910 hasta 1959; en palabras de Pedroza, “esta época enuncia a las primeras mujeres que desde finales del siglo XIX escribieron y publicaron cuento en México, primero en revistas y suplementos culturales y a partir de 1910 reunidos en un libro”. María Luisa Toranzo de Villoro, Laura Méndez de Cuenca y Julia Nava de Ruíz Sánchez son algunos de los nombres que no ocuparon un espacio en las antologías de la época o cuya trayectoria —en caso de que sí lo hayan hecho— ha sido difícil de rastrear pues todos estos años se escondieron bajo seudónimos, algunos masculinos, un recurso útil para las mujeres nacidas en otros años, ya que de esa forma encajaban en el canon de la época y era posible para ellas publicar sus textos. Los temas de estos cuentos son diversos y acordes con ese interés político que comenzaba a despertar en las autoras: el “deber ser” de la mujer, el matrimonio y la maternidad como destino, infidelidades y la reincorporación a una sociedad machista de mujeres que en su momento participaron en luchas armadas.

El segundo volumen se subtitula *Insumisas* y abarca de 1960 hasta 2008. Contiene escritoras que se desarrollaron bajo un contexto histórico único e importante: la liberación femenina iba en auge, pues poco antes de los sesenta se consiguió que las mujeres fueran consideradas ciudadanas con derecho al voto, y eran cada vez más las que tenían acceso a la educación. A partir de este volumen nos topamos con escritoras armadas de una libertad recién adquirida, quienes, ante la falta de puertas abiertas para ser publicadas, comenzaron a crear espacios propios donde no se cuestionara su talento o se les impusieran trabas para participar. Los temas de los sesenta y setenta reúnen los inicios de una nueva ola de escritoras



mexicanas en todo su esplendor: un mundo indígena retratado desde una perspectiva femenina donde los y las protagonistas muestran una serenidad y conexión con sus raíces, así como fantasía, misterio, cuentos de terror y policíacos. Nos encontramos con María Elvira Bermúdez —por mencionar a una de las autoras—, quien nos hereda el primer avistamiento de una mujer detective en América Latina; una joya de esta antología, una de muchas que no conocíamos. Es importante mencionar que con el paso de las décadas las temáticas evolucionan y retan al lector. La sexualidad de la mujer, por ejemplo, tema considerado disruptivo en ese entonces, y que incluso hoy ocasiona molestia a pesar de los años. Se encuentran nombres conocidos como Nellie Campobello o, de estos años, Liliana Blum, pero con cuentos que quizá no estuvieron bajo el reflector de los lectores mexicanos al momento de su escritura y que valen totalmente la pena acercarse al centro de la conversación.

El tercer y último volumen se llama *Exploradoras* y comprende desde 1990 hasta 2018. Su nombre hace honor a todas aquellas mujeres que hoy en día se encuentran activas, en constante movimiento y transformación, aquellas que continúan abriendo camino y cultivando las semillas que darán fruto en algunas décadas. Migración, violencia, corrupción y la búsqueda de identidad propia son algunos de sus temas, sin duda mucho más actuales. Ya no encontraremos solamente la estructura bien definida y clásica del cuento, las autoras más jóvenes de la antología se mueven en la brevedad y juegan con la prosa de sus obras; nos regalan una experiencia única y novedosa en la que se observa el gran avance literario, hoy usado como forma de resistencia en la lucha por la equidad, pues nos permite apropiarnos de un espacio tan reducido y selectivo como la literatura, ubicar el camino recorrido por las mujeres que escriben, y plantear una línea temporal sobre ellas, abriendo un abanico de posibilidades que van más allá de las canónicas. Lo anterior se refleja muy bien en la pluralidad que encierra este tercer volumen, pues se incluyen escritoras del norte y sur

del país, escritoras chicanas y en lenguas originarias, específicamente en tseltal y ayuuk (con el texto original y su correspondiente traducción).

Es importante dedicar unas líneas a las ilustraciones de las portadas: decoradas con una bugambilia en tonos violetas o rosáceos, son un reflejo de la época que envuelve los tomos, con mujeres en bicicleta y señales que nos permiten acercarnos desde el primer momento a esos nombres que estamos por encontrar. En el tomo *Pioneras* tenemos a una mujer con pantalones (transgresores para la época), con una maleta llena de papeles y diarios en su bicicleta, que rompe el viento para avanzar; en *Insumisas* observamos a una mujer que parece apropiarse de su cuerpo y su entorno; y, por último, en *Exploradoras* se ve una escena de nuestros días: una mujer más “rebelde” en un paisaje urbano, con una ambición por seguir conquistando el horizonte lleno de retos.

Pedroza nos regala con esta antología un mapa del camino y de la transformación que ha tenido la literatura femenina a lo largo de 100 años. Podremos observar una metamorfosis en el pensamiento y en la estructura utilizada desde 1910 hasta nuestros días; este desarrollo postula hoy al cuento como sinónimo de libertad que trasciende lo que hasta ahora conocemos, y establece a la literatura escrita por mujeres en un campo donde el único límite es el que las autoras se impongan para enseguida romperlo.

Debido a la riqueza de esta obra es probable que, al terminar la lectura de *A golpe de linterna*, y comenzar inmediatamente con su análisis y posterior reflexión, estemos más cerca de responder la pregunta inicial y conocer, por fin, cuál fue el primer libro de cuentos escrito por una mujer en México. 📖



Apuntes de un histérico sin útero

SERGIO PÉREZ TORRES

Durante la época de Hipócrates, el padre de la medicina occidental y cuyo juramento aún guardan los médicos, se tenía la creencia de que el útero se movía a través del cuerpo de la mujer. Se consideraba que cuando este órgano llegaba al pecho ocasionaba males a las pacientes, entre ellos problemas respiratorios y convulsiones. No nos asombra en la actualidad que gran parte de sus creencias médicas estuvieran equivocadas. El gremio médico era uno de tantos clanes masculinos con la potestad de decir y hacer. Todo esto continuó hasta que Elizabeth Blackwell, tras ser rechazada de diez escuelas de Medicina, fuera aceptada en la Universidad de Geneva, de la que se titularía en 1849, convirtiéndose en la primera mujer en obtener un grado de esa profesión. 31 años después, Bertha Pappenheim fue atendida por Josef Breuer por un grave cuadro de histeria, enfermedad bastante común entre las mujeres de la época. Solamente las mujeres podían ser histéricas, por supuesto. Freud tomó el caso clínico de Anna O. —seudónimo con el que se conocía a Pappenheim— para hablar del tema en su conocido libro *Estudios sobre la histeria*.

Lo anterior viene a colación no solamente porque *histeria* proviene del vocablo que en griego significa útero; también porque el libro más reciente de Esther M. García no puede ser separado del tema del cuerpo como territorio político, íntimo, social y cultural... *Arco de la histeria, el libro negro*, que obtuvo el Premio Nacional Carmen Alardín 2020, nos hace constar su recorrido mental y físico:

La paciente refiere la palabra teclado por vulva, por genital. Hay un eufemismo del órgano reproductor



Esther M. García
Arco de la histeria, el libro negro.
CONARTE.
Monterrey, 2020, 83 pp.

por otro objeto reproductor. Música. Lo siniestro es musical. Paroxismo histérico de la infancia. La niña/el poema. El poema ha sido visto masturbándose frenéticamente por las noches.

Este libro concluye una trilogía iniciada con *Mamá es un animal negro que va de largo por las alcobas blancas* (2017), seguida de *La destrucción del padre* (2019). En los tres libros se teje lo monstruoso y lo violento de las relaciones familiares, se exploran las posibilidades de la estructura del libro mediante apartados individuales que revelan unión en su diferencia y una escritura indudablemente empapada con lágrimas y sangre menstrual. Si en los dos anteriores se había establecido a los ascendientes, este libro nos deja ver a la parte más personal de la No Santísima Trinidad: la hija.

Poemas enfermos. Poemas de la iluminación. Poemas anticristo y llagas de la santa vulva. Ánima en pena. Animalia. Poemas animales que muestran los colmillos. Dentadura poética. Encías sangrantes. Dientes podridos a punto de caerse. Vaginas dentadas que gimen hombres.

Este poemario se divide en seis apartados: cinco lecciones y un apéndice. Es importante que se presente como una didáctica porque la escritura es también reconocimiento y autoconocimiento. Mientras Esther M. García nos muestra a nosotros mismos, también se muestra a sí misma (en ambos sentidos de la frase). La recuperación del saber es una restitución de lo femenino. Lo curioso es que Bertha Pappenheim, la que seguramente sea la más célebre histérica de la historia, judía de nacionalidad austriaca, pasó de ser una paciente de 21 años a una feminista defensora y pionera en los derechos de la mujer.

Siento mucha afinidad en mis propias formas y obsesiones con *Arco de la histeria, el libro negro*; en la “Lección segunda” veo horas precisas a modo de títulos, y en el apéndice encuentro el tema del hambre como un deseo insaciable y trastornador. Pero en la “Lección tercera” es en donde me

encuentro más extasiado, pues leo no sólo la tradición, sino la asimilación de los versos más altos de Pizarnik. Encontramos: “Expuesta en radiografía/ la cartografía del cerebro/ revela cicatrices del trueno/ y su estallido negro.// Las zonas vacías/ revelan a la niña que fui/ guareciéndose de las manos/ que caen del cielo.// Defensa contra la noche:/ empecé a escribir/ con la única mano que me quedaba”. O en otro pie de página: “La noche me habla/ con su lenguaje/ de yegua desbocada” Y más adelante: “El silencio es una raíz,/ de sangre y oro,/ crecida en la lengua”. Al igual que “me cobijo como un pájaro herido/ para que los animales de la noche/ no puedan destrozarme” o “Querer hablar/ y ver florecer/ lirios negros/ en la boca”.

En la página 54 hay un poema titulado “D’un enfant monstrueux”, en el que la poeta pregunta si acaso existirán los hombres histéricos. Creo que yo soy la respuesta a su pregunta. 

XIX Concurso de Crítica Teatral Criticón / Teatro UNAM

DIRECCIÓN DE TEATRO
COMUNIDAD CULTURA UNAM
REVISTA PASO DE GATO

DIRECCIÓN DE LITERATURA Y FOMENTO A LA LECTURA

JURADO

VERA MILARKA
CARMEN ZAVALETA
LUIS GALINDO

Un beso en la frente: soliloquio a dos voces

IXCHEL ABRIL PEÑA RINCÓN

Un beso en la frente

Dirección: Isabel Toledo

Teatro: Juan Ruiz de Alarcón

Temporada: 16 de enero al 2 de febrero de 2020

¿Por qué nos es tan difícil ser empáticos? ¿Acaso necesitamos sentir el dolor en nuestra propia carne? Tal vez ésa era la finalidad de la directora Isabel Toledo y la dramaturga Jimena Eme Vázquez, al hacer la adaptación teatral del texto de Esther B. del Brío González, *Un beso en la frente*: sumergirnos en el relato para ser capaces de experimentar la angustia.

Esta obra de teatro cuenta la historia de una mujer, Ana, que sufrió violencia por parte de su marido, y que debido a eso lleva ocho años en estado de coma. A través de la interacción entre las dos mujeres protagonistas, interpretadas por Tae Solana y Assira Abbate, se reconstruye el pasado y cómo fue que Ana llegó a ese punto. La obra fue presentada el año pasado en varios planteles de la UNAM para concientizar a los jóvenes acerca del grave problema de violencia hacia las mujeres que sucede en México, y que muchas veces se invisibiliza, desgraciadamente, por la normalidad con la que se vive. Es el primer trabajo que la dramaturga presenta en el teatro Juan Ruiz de Alarcón.

Cuando una persona está en una relación de las que ahora se llaman “tóxicas”, es muy fácil u obvio aconsejarle que abandone su situación. Parece inverosímil cómo a pesar del maltrato esa persona puede seguir ahí. La lucha interna del personaje hace ver al público que no siempre es tan fácil y que se requiere de un gran esfuerzo para lograr dar ese paso, porque la otra parte, con lo que dice y hace, ha logrado que la pareja se sienta insignificante.

Las actrices se valen de movimientos sutiles y pequeños cambios en utilería para alternar entre tres

personajes: Ana, su hija Eva y su madre. Al principio estos cambios no son tan obvios, pero conforme avanza la obra, se van entendiendo. Cuando una de ellas se pone los lentes es la madre. Si se recoge el cabello es Eva. Estas variaciones son las que hacen tan rico el teatro. No necesitan cambiar de escenografía, ni vestuario, ni siquiera de actriz: la pura actuación es suficiente para entender que se trata de otro personaje.

Tanto Solana como Abbate dan vida a la protagonista, sus diálogos expresan conjuntamente el pensamiento interno de Ana. Personifican la batalla que todos peleamos contra nosotros mismos, con nuestros demonios.

El diseño de vestuario, a cargo de Natalia Sedano, es muy acertado. En la cinta *Marriage Story*, Mark Bridges, su homólogo, fue cuidadoso al ataviar a Scarlett Johansson para evitar que la audiencia quedara atrapada en la superficialidad de su figura y, en su lugar, pudiera apreciar su actuación. De forma similar, en la obra ambas intérpretes visten overoles de mezclilla amplios que previenen que su cuerpo sea sexualizado.

La obra es muy disfrutable y consigue generar empatía, pero lo más importante es, como lo expresó al finalizar la directora, que esto no sólo se quede en la empatía, sino que se convierta en acciones. 📌

25 minutos de inmersa incomodidad

HIRAM ALVARADO DOMÍNGUEZ

📷 Alfonso Cárcamo y Sofía Olmos

Mirada incómoda (personas pequeñas)

Dirección: Alfonso Cárcamo

Presentada vía Zoom

3 de diciembre 2020

La única condición que nos une como seres humanos son nuestras diferencias. Paradójicamente, ellas nos permiten reconocernos e identificarnos, pero también edificar altos —y sobre todo inexpugnables— muros de exclusión. En ellos las personas con discapacidad ocupan un espacio de esa inmensa superficie que pobremente levantamos.

Mirada incómoda (personas pequeñas) es una obra encabezada por Sofía Olmos y Alfonso Cárcamo, quienes buscan, a través de una experiencia inmersiva, ponernos en el lugar de las personas con acondroplasia, es decir, aquellos de talla baja, y así sumergirnos cotidianamente en las desazones que sufren. Sin embargo, debido a la pandemia ocasionada por el SARS-COV-2, la experiencia se limitó a un vídeo de 25 minutos transmitido en las redes sociales de Teatro UNAM a través de Zoom.

La obra plantea cinco escenarios que buscan incomodar al receptor a través de miradas y tratos discriminatorios hacia personajes de baja estatura. Las cinco puestas en escena exponen diferentes formas de estereotipar a las personas pequeñas, ya sea porque se les ve “graciosas” y por ello “más adecuadas” para interpretar a un personaje cómico, o porque las personas de talla regular se sienten con el derecho a cargarlas y pedirles fotos esperando que no se molesten.

Mirada incómoda fue escrita por Sofía Olmos y Alfonso Cárcamo, y dirigida por este último. Los primeros tres actos son completamente inmersivos, pues los asistentes somos objeto de la mirada burlona de una directora escolar (Mely Kundera) y de un profesor (José Jaime



Argote) que intenta ser políticamente correcto, pero que al final solicita nuestra complicidad para participar en una pastorela como diablitos para darle “ese toque” de comedia. Por otro lado, un médico (Jhonatan Madrigal), desde la ignorancia sobre la acondroplasia, asume que no puede atendernos salvo por un diagnóstico rápido y desinteresado. Finalmente, nos hallamos en medio de una ruptura amorosa donde nuestra novia (Cristal Cuevas) nos recrimina todas las vergüenzas que recibió durante la relación.

El cuarto acto es un vídeo en 360° realizado por Alejandro Bernal y Esteban Contreras. Mientras estamos sentados en un parque, unos niños con sus padres nos interpelan consecutivamente: “eres feo”, “¿te puedo tomar una foto con mi hijo?”, “no te enojés, ni te estamos haciendo nada”, “yo pensé que la gente enana era buena onda”. En el último acto, la sonriente Sofía Olmos nos cuenta un sueño, interpretable como el anhelo de que todas las personas seamos iguales a pesar de nuestras diferencias.

En su difícil y ambicioso trabajo, Cárcamo logra, a pesar del confinamiento, tumbar aquellos obsoletos muros de la discriminación para abrir los ojos de los espectadores, a través de la inmersión, ante la posibilidad de vivir individualmente la mirada excluyente de la sociedad, de deconstruir nuestro cuerpo y de experimentar detrás de una pantalla sensaciones de otra naturaleza. Más allá de esto, la reflexión introspectiva que detona la obra, desde lo personal hasta lo colectivo, tiene implicaciones no sólo sobre la acondroplasia, sino también sobre cómo tratamos a las personas con otras diferencias —Down, Asperger, autismo, ceguera, hipoacusia—, socavándoles la dignidad. 🗨️



TINTA SUELTA

Como te ves me vi

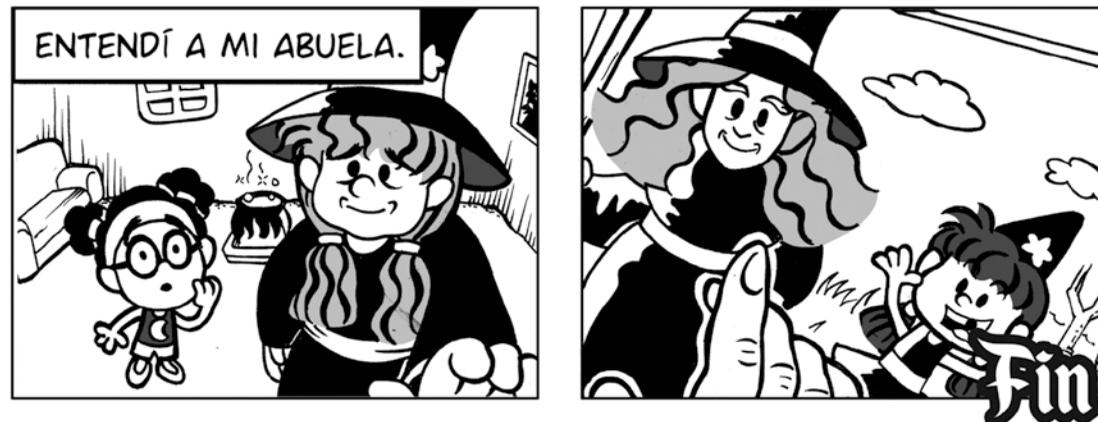
CUANDO ERA CHIQUITA,
MI ABUELA SE
ENOJABA POR TODO



GUIÓN E ILUSTRACIÓN:
JORGE PONCE

IDEA ORIGINAL:
ALEJANDRA GARCÍA





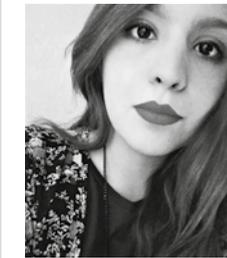
Alan Valdez (Chihuahua, 1992). Ha publicado en *Tierra Adentro*, *Punto de partida* y *Punto en Línea*. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2020. Es becario del FONCA (2020-2021).



Verónica Díaz Salazar (Ciudad de México, 1996). Tesista de Lengua y Literaturas Hispánicas. Participa en el proyecto "Soga viviente" del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, donde realiza actividades de lectura con niños de Hueyapan, Morelos.



Ulises Flores Hernández (Ciudad de México, 1996). Estudiante de la licenciatura en Comunicación y Periodismo en la FES Aragón. Ha ganado diversos concursos de crítica cinematográfica, reseña literaria y cuento. Fue beneficiario del FONCA (2018-2019).



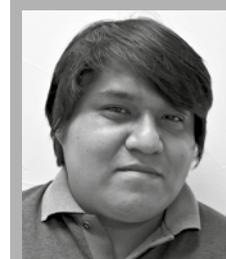
Katia Gabriela de Alba García (Guadalajara, 1995). Estudió Ciencias del Arte y Gestión Cultural en la UAA. Ha publicado en *Chirimbolo* y *Pirocromo*. Es cofundadora y coordinadora de comunicación en *Retransmisión* y en *Tour de Cine para Niños*.



Jorge Orlando Correa (Chetumal, 1992). Ha publicado en *El Septentrión*, *Plástico*, *Cinosargo*, *Neotraba*, entre otros. Es autor de *Ya no hay fechas importantes* (2020).



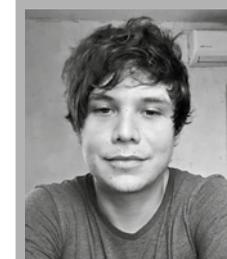
Xóchitl Espinosa Padilla (Ciudad de México, 1991). Comunicóloga por la UNAM y diseñadora por el INBA. Ha participado en proyectos relacionados con la medicina tradicional mexicana, diseño de vestuario y creación de piezas textiles.



Carlos Rutilo Aguilar (Ixhuatlancillo, 1996). Egresado de la FFYL de la UANL. Fue becario del Centro de Creación Literaria UANL 2019. Ha publicado en *Círculo de Poesía y Los Demonios y los Días*.



Andrea González Aguilar (Ciudad de México, 1989). Ha publicado en *Letras Libres*, *Este País*, *Opción y Tierra Adentro*. Es parte de la antología *Novísimas. Reunión de poetas mexicanas (1989-1999)* (2020) y del libro *El camino de la práctica: yoga, barro y movimiento* (2020). Fue becaria de la FLM (2018-2020).



Mateo Peraza Villamil (Mérida, 1995). Reportero. Ha publicado en *Efecto Antabus*, *Tierra Adentro* y *Punto de Partida*.



Jessica Sevilla (Tijuana, 1988). Escritora, gestora cultural y docente.

Instagram: [sevillajess](#)
Website: [jessicasevilla.com](#)

• COLABORADORES •



Karina Feliciano López (Estado de México, 1997). Egresada de la Facultad de Psicología de la UNAM. Actualmente es reportera en Corriente Alterna de la UNAM.



Luisa Valenzuela (Chihuahua, 1994). Licenciada en Letras Españolas por la UACH. Participó como corcopiladora de *Rumbo al siglo* (2017). Fue becaria de la Academia Mexicana de Ciencias (2017 y 2018). Ha sido tallerista en Alas y Raíces y se desempeña como guionista creativa en Canal Catorce.



Alisson Rivas (Ciudad de México, 2000). Estudiante en la Facultad de Medicina de la UNAM. Fue seleccionada en la segunda antología poética de LibrObjeto Editorial, ganadora de la Segunda Jornada poética "Los amorosos hablan" del CCH Vallejo. Ha publicado en *Primera Página* y *El Tecolote*.



Sergio Pérez Torres (Monterrey, 1986). Es autor de *Cortejo fúnebre* (2017), *Party Animals* (2017), *El museo de las máscaras* (2018), *La heráldica del hambre* (2018) y de *Los arcoiris negros* (2020). Ganó el IV Certamen Literario "Ana María Navales" y el Primer Premio Internacional de Poesía New York Poetry Press.



Luis Romani (Tuxtepec, 1994). Fue residente del Centro de las Artes de San Agustín, mención honorífica en Ensayo del Festival Cultural de la Diversidad Sexual y Género 2019, y ganador del concurso de cuento del Festival Internacional de Escritores en San Miguel de Allende 2018.

Instagram: Preciosos Bastardos

XIX Concurso de Crítica Teatral Criticón / Teatro UNAM



Ixchel Abril Peña Rincón (Ciudad de México, 1993). Estudiante de Ciencias de la Comunicación en la FCPYS UNAM. Es cofundadora de Escritoras Universitarias. Ganadora del XIX Concurso de Crítica Teatral Criticón de Teatro UNAM.

Instagram: ixchel.abril

Twitter: @escritorasuniversitarias



Hiram Alvarado Domínguez (Xalapa, 1996). Egresado de Ciencias de la Comunicación de la FCPYS UNAM. Ganador del XIX Concurso de Crítica Teatral Criticón de Teatro UNAM. Ha colaborado para la revista *La Tempestad*.

Instagram: hiram.alv

• COLABORADORES •



Rosa Vázquez Jiménez (Tuxtla Gutiérrez, 1989). Escritora, docente y gestora cultural. Maestra en Estudios Culturales por la UNACH. Ha publicado poesía, artículos y reseñas literarias en antologías y revistas locales e internacionales. Actualmente es profesora en la Universidad Intercultural de Chiapas.



Daniel Mala vida (Tultepec, 1993). Ilustrador autodidacta. Se dedica a la ilustración infantil y para productos. Ha trabajado en proyectos como el Encuentro Nacional de Globos Aerostáticos de Teotihuacán y *El dorado* en Lille, Francia, con el taller Artsumex.

Instagram: daniel_malavida

• COLABORADORES •



Brenda Pichardo Hernández (Ciudad de México, 1989). Pasante de Ciencias de la Comunicación en la FCPys UNAM.



Ariel Rubio (Ciudad de México, 1997). Estudió Diseño conceptual en la MST Design School. Ha trabajado en agencias de publicidad, proyectos editoriales y de divulgación científica.

 [creandocongarras](#)
 [creandocongarras](#)



• COLABORADORES •



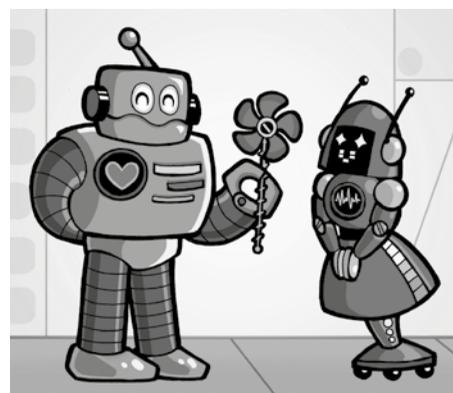
Jocelyn Vázquez Robles (Ciudad Obregón, 1989). Ilustradora Egresada de la licenciatura en Medios Audiovisuales de la UABC. Directora de arte y editora de video. Ha trabajado en videos musicales para bandas nacionales.

 [tiaaburrida](#)



Jorge Ponce (Cuernavaca, 1991). Comunicólogo egresado de la UNAM, titiritero de profesión en la Compañía de Marionetas Tekereke. Hace cartoons, anime y portadas para álbumes musicales.

 [jorgeponce.art](#)



TINTA SUELTA

